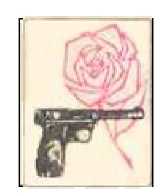
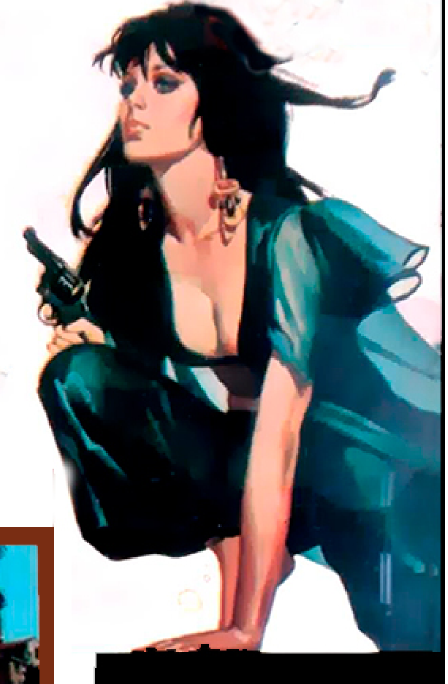


Brigitte EN ACCION



En Venecia se muere dulcemente

Lou Carrigan



Brigitte se dirige a Venecia, enviada por la CIA. Allí ha tenido lugar un tiroteo entre dos agentes de la CIA y varios rusos, en la que uno de los estadounidenses ha resultado herido de gravedad.



Lou Carrigan

En Venecia se muere dulcemente

Brigitte en acción - 136

ePub r1.0
Titivillus 26.10.2017

Lou Carrigan, 1971
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Los dos hombres entraron en el café llamado «Terrazza dei Sole», casi al extremo Norte del Lido de Venecia, la hermosa isla que, en la parte que da a mar abierto, forma una de las más hermosas y famosas playas del mundo.

Sólo que entonces, no había bañistas. Ni siquiera había sol, muy lógicamente, puesto que eran las doce de la noche. En cuanto a belleza, quizá fuera mejor así, pues se veía la luna reflejándose en el mar, las estrellas, luces rojas y verdes de las embarcaciones que llegaban o partían, la iluminación de Lungomare
D'Anunzio…
En un rincón, un vocalista cantaba, acompañándose a la guitarra.

Eran dos tipos altos, fuertes, atractivos, aunque quizá demasiado serios, de mirada penetrante, casi desconfiada. Se sentaron a una mesa, pidieron café, y uno de ellos consultó su reloj.

—Medianoche —murmuró—. No creo que tarden en llegar los rusos, Thomas.

—Quizá han llegado ya, Bob. Ya sabes que nunca se fían de nosotros… Ni nosotros de ellos, por supuesto. Para serte sincero, estas relaciones amistosas con la MVD nunca me han gustado. Los de la CIA no estamos acostumbrados a que los rusos tengan finezas con nosotros.

—Tranquilo. Este intercambio de microfilms nos conviene lo mismo a ambas partes. ¿Ves a alguien que te parezca agente soviético?

—Eres muy gracioso —sonrió Thomas—. A menos que se cuelguen un cartelito del cuello, no creo que sea fácil identificarlos. Y no creo que lo hagan. Me parece que voy a tomar unas fotografías, por si más adelante nos pueden servir de algo.

—Hazlo —sonrió también Bob—. Apuesto a que si los rusos están ya aquí, nos han fotografiado a nosotros.

Thomas sacó su paquete de cigarrillos, ofreció a Bob, y le dio fuego con su encendedor…, mientras tomaba microfotos de las personas que había a espaldas de éste, y a derecha e izquierda. Luego, encendió su cigarrillo, tomando más microfotos, ahora hacia su izquierda. Dejó el encendedor sobre la mesita con mantel a cuadros rojos y blancos, y, como quiera que a Bob se le había «apagado» el cigarrillo, éste usó por sí mismo de nuevo el encendedor, fotografiando a todas las personas que había detrás y a la derecha de Thomas. Ni siquiera una mosca podía haber escapado de aquel recorrido fotográfico.

Les trajeron el café, lo bebieron, y Bob volvió a consultar su reloj.

—Pasan cuatro minutos —refunfuñó—. No me gustan los espías que no son puntuales.

—El reloj de ellos atrasa, eso es todo. O quizá están preparando su sucia jugada.

—No eres precisamente un optimista, ¿verdad? —Gruñó Bob.

—Llevo algún tiempo de espía, compañero —encogió los hombros Thomas—. Y cualquier jugada sucia me parece tan normal que…

—Ahí están —dijo de pronto Bob, mirando hacia la puerta—. Seguro que son ellos. No te vuelvas. Simplemente, haz la señal… Nos están mirando.

Bob tomó de nuevo el encendedor, como jugueteando distraído con él… Y naturalmente, los dos hombres que acababan de aparecer en la terraza del café quedaron inmediatamente microfotografiados. Mientras tanto, Thomas sacó su pañuelo, se lo pasó por la frente después de desplegarlo, y finalmente, tras volverlo a plegar muy cuidadosamente, lo guardó.

Detrás de él, uno de los dos hombres recién llegados encendió un cigarrillo, sonriendo secamente. Dio un par de chupadas, lo tiró al suelo, lo aplastó con un pie, y dio media vuelta. El otro se fue con él también sonriendo secamente.

—¿Han correspondido a la señal? —murmuró Thomas.

—Sí —sonrió Bob—. Y han correspondido a nuestra gentileza de fotografiarlos: nos han fotografiado también. A ti, de espaldas… Estás de suerte. Bien: vamos tras ellos. Estoy deseando que termine este asunto del intercambio de microfilms.

Se puso en pie, dejó en la mesa un billete, y comenzó a caminar hacia la salida de la terraza, por la parte que daba a la playa, igual que los agentes secretos rusos que habían llegado con algo más de cuatro minutos de retraso. Thomas se fue tras él, mirando distraído a su alrededor, haciendo dar pequeños saltitos en una mano al encendedor con microcámara oculta… Todavía, antes de abandonar la terraza, tomó unas cuantas fotos más a su alrededor. Manías de espía.

Descendieron juntos los anchos peldaños que llevaban a la arena. Muy cerca, vieron la lancha en la que habían llegado, meciéndose sobre las olas, casi en la misma orilla. En Venecia, un coche no sirve prácticamente de nada, motivo por el que no suele verse ninguno. Pero, quien no tiene una lancha, o cualquier clase de embarcación, por pequeña y simple que sea, está perdido.

—Por allá van —señaló Bob.

Los dos rusos continuaban caminando, dando la espalda a los agentes de la CIA. que miraban inquietos a todos lados. La distancia que los separaba de los rusos debía ser de unos treinta o treinta y cinco metros.

—¿Ves algo inquietante? —murmuró Bob.

—No —susurró el más veterano, Thomas—. Pero será mejor que estemos muy alerta.

A lo lejos, por delante de ellos, se veían las luces de Piazzale Bucintoro, y las del gran restaurante que, delante, daba cara a la playa. De pronto, los dos rusos dejaron de caminar, y se volvieron, en clara actitud de espera. Sólo faltaba llegar ante ellos, intercambiar los microfilms y decirse adiós. El asunto habría terminado…

De pronto, Thomas notó en su frente un soplo cálido, y oyó el chasquido inconfundible de una bala… A su derecha, al nivel de la arena, entrevió el anaranjado brochazo de un disparo, hecho con silenciador… Y aún estaba empujando a Bob para rodar los dos por la arena, cuando de otros dos puntos llegó la luz color naranja de otros tantos disparos…

Nadie dijo nada. No se gritó, ni se lanzó exclamación alguna, ni amenazas o gritos de rabia. Todas esas manifestaciones de disgusto o ira sobran entre espías. Simplemente, en el más completo silencio, se entabló la sorda lucha por la supervivencia.

Después de rodar por la arena, ambos se revolvieron hacia donde estaban los dos rusos, pero éstos corrían a toda velocidad sobre la arena, alejándose. Prietas las mandíbulas, Thomas disparó su arma contra la espalda de uno de ellos, mientras Bob lo hacía contra el otro. Solamente uno de los rusos se tambaleó, pareció dar un traspiés… Sólo eso, y continuó corriendo a la máxima velocidad que se puede correr sobre arena…

De la cual brotó un surtidor ante los ojos del tendido Bob, al mismo tiempo que, a la derecha de ambos, volvían a brillar cárdenos fogonazos, provocando más salpicaduras de arena a su alrededor. No se veía a nadie. Sus enemigos habían sabido esconderse bien en la arena, seguramente haciendo pequeños montículos que los ocultaban.

—Vámonos —jadeó Thomas—. ¡Hay que llegar a la lancha, Bob, o nos freirán!

Los dos dispararon furiosamente hacia donde más o menos habían situado la posición de sus enemigos, se pusieron en pie, y echaron a correr, encorvados, hacia donde estaba la lancha… Ahora a la izquierda de ellos, muy cerca del Terraza dei Sole, brotó otro fogonazo…, y detrás oyeron un alarido de dolor, para su sorpresa. Pero no estaba la situación para sorprenderse, sino para correr.

Habían llegado a la arena mojada, dura, de modo que podían correr más y mejor hacia la lancha, y eso era lo que estaban haciendo… Exclusivamente eso.

Por detrás de ellos volvieron a brillar fogonazos, y Thomas lanzó un gemido, cayendo fuertemente de bruces sobre la mojada, prieta arena de la playa.

—¡Sigue! —gritó—. ¡Vete, Bob!

Pero éste volvió sobre sus pasos, disparó unas cuantas veces hacia el lugar desde donde les disparaban, y cuando su pistola quedó vacía la tiró al mar, se inclinó…

—¡Estás loco! —jadeó Thomas—. ¡Vete!

… y se pasó un brazo de Thomas por el cuello. Lo puso en pie, se lo cargó en un hombro con toda facilidad, y continuó corriendo hacia la lancha. Estaba a menos de cinco metros de ella cuando detrás volvieron a relumbrar varios fogonazos, y Bob respingó, dio un par de traspiés, llegó junto a la lancha, y cayó de rodillas.

Luego, sujetándose una pierna con crispada mano, saltó a la

lancha, se dejó caer de bruces, y la puso en marcha… En pocos segundos, la lancha estuvo fuera del alcance de cualquier arma corta, lanzada a toda velocidad.

Ante los mandos, vuelta la cabeza hacia la playa, Bob vio a los tres hombres, uno de ellos cojeando, que se acercaban a la orilla del mar. En sus manos brillaban los fogonazos, pero sabía muy bien que las balas ya no podrían alcanzarle.

Notaba unos terribles pinchazos en su pierna derecha, y apenas podía tenerse de pie. Junto a él, tendido de cualquier manera, ahora en silencio, desvanecido, yacía su compañero Thomas, en cuya espalda se veía cada vez más grande la mancha de sangre.

Crispado el rostro por la furia, Bob alzó un puño cerrado rabiosamente en dirección a la playa.

—¡La pagaréis! —gritó roncamente—. ¡La CIA no os perdonará esto! ¡Malditos puercos, ya veréis como envían a alguien a daros vuestro merecido!

Capítulo II

El avión de la Air France estaba ya sobre el Aeropuerto Marco Polo, de Venecia, descendiendo hacia las pistas. Los pasajeros, con el cinturón abrochado, tenían todavía llenos los ojos de la belleza que habían contemplado. Las innumerables islas, la Gran Laguna, el Gran Canal, donde se veían, diminutas, las embarcaciones. Y al fondo, Lido de Venecia, destacando su hermosa playa, reluciendo al sol… Barcos grandes, pequeños, medianos… Lanchas, vaporetti llevando pasajeros de una isla a otra. Y el gran Ponte della Libertá, el acueducto que unía Venecia por medio de ferrocarril y autopista con tierra firme. Allá, habían visto un tren, y muchos coches, en ambas direcciones, como graciosos juguetes manejados por niños…

¡Ah!, Venecia, Venecia…

Uno de los pasajeros se volvió hacia su vecina de asiento, que se inclinaba hacia la ventanilla, contemplando el hermoso espectáculo. Una vecina de asiento junto a la cual valía la pena pasarse la vida viajando. No era sólo su belleza deslumbrante, sus grandes ojos azules, su figura excepcionalmente sugestiva y perfecta, no… Era más. Mucho más. En el relativamente corto vuelo Paris-Venecia, el pasajero había podido darse cuenta de ello. Jamás… (¡jamás!) había tratado a una mujer tan dulce, culta, amable, exquisita y maravillosa en todos los sentidos… ¡En todos!

—¿Ha estado antes en Venecia, señorita Montfort? —preguntó.

La señorita Brigitte Montfort volvió la cabeza hacia él, sonrió de aquel modo tan… descongelante, y asintió con la cabeza.

—En varias ocasiones, *Monsieur* Tubert. Pero siempre de paso, por cuestiones de trabajo.

—Lástima, lástima… ¿También esta vez será igual?

—No lo sé. Me gustaría pasar unos días en Venecia, pero eso depende de cómo vayan las cosas.

—Mi invitación para acompañarla y…

—Lo lamento de veras. Me están esperando, y temo que estaré muy ocupada… Sin embargo, si dispongo de un momento, lo llamaré a su hotel. Le agradezco mucho sus atenciones, *Monsieur*.

—¡Me gustaría tanto servirle de guía…! Por poco que pueda, prolongue su estancia en Venecia. Créame: vale la pena. ¡Y ojalá pueda estar muchos días y me llame por teléfono!

—Lo haré si puedo —sonrió dulcemente la bellísima pasajera.

Quince minutos más tarde, la dulce señorita Montfort llegaba al estacionamiento de taxis, seguida de un mozo del aeropuerto que llevaba sus dos maletas, mientras por sí misma llevaba un precioso maletín rojo con florecillas azules. Se acomodó en un taxi, mientras el conductor de éste y el mozo del aeropuerto colocaban las maletas atrás, en el portaequipajes.

—*Signorina*? —preguntó el taxista.

—Venecia —sonrió ella.

—*Va bene.*

Los ojos del taxista se abrieron desmesuradamente cuando vio la propina que su pasajera daba al mozo del aeropuerto por la ventanilla. Y así, prometiéndoselas muy felices con una propina parecida, emprendió el viaje desde el aeropuerto de Marco Polo a Venecia. Poco después, pasaban cerca de Mestre. Luego, hacia la izquierda, tomaron el gran viaducto, el Ponte della Libertá, viajando entonces bordeados por el mar azul y gris. Desde la ventanilla, la señorita Montfort contemplaba el cielo, las gaviotas, las numerosas embarcaciones. Lástima que no hubieran palmeras…

De todos modos, sonrió, y el taxista, viéndola por el retrovisor, estuvo a punto de perder el control del coche.

Llegando ya a las islas, se fueron separando de la vía del tren, que terminaría en la Estación de Santa Lucía. Por su parte, tras cruzar el Canal Chiara, llegaron a Piazzale Roma, forzosamente, debía terminar el recorrido en coche.

—*Venezia, signorina.*

—Gracias. ¿Podría usted encargarse de conseguirme una góndola para que me lleve al hotel? —pidió ella, en impecable italiano.

—*Con molto piacere!*

El taxista se alejó hacia el embarcadero, mientras ella encendía un cigarrillo. Aún no lo había terminado, cuando el hombre regresó,

acompañado de un tipo soberbio, alto, moreno, de cabellos muy rizados, ataviado con pantalones blancos, jersey de manga corta a rayas azules horizontales y sombrero de paja. Los dos hombres llegaban conversando animadamente, gesticulando mucho el taxista, y haciendo expresivos gestos de admiración con el rostro. El *gondolieri* parecía un tanto escéptico, pero se quedó petrificado cuando la pasajera salió del taxi y quedó ante él.

—*Mamma mia*… —pudo musitar al fin.

El taxista soltó una risita, y se dedicó a sacar las maletas. Tuvo que darle un codazo al gondolero para hacerle «volver en sí».

—¡Hey, Dino! —rió.

—¿Eh…? ¡Oh!, sí… *Escusi, signorina*… *Parla italiano*?

Sí parlo italiano —sonrió Brigitte—. ¿Puede llevarme al «Gritti Palace»?

—*Súbito!*

El *gondolieri* se hizo cargo de las maletas, mientras Brigitte pagaba al taxista, que, ciertamente, no quedó defraudado. Poco después, la viajera norteamericana saltaba a la góndola, sonriendo, y comenzó el viaje por el Gran Canal de Venecia.

—¿Quiere un recorrido turístico, *signorina*?

—En otra ocasión. Deseo llegar cuanto antes al hotel… ¿Conoce usted a alguien que quiera vender una lancha?

—¡Seguro! ¿Cuánto quiere gastarse?

—Pagaré exactamente lo que valga una lancha no muy grande, lo más nueva posible, y que sea veloz. No me importa el precio si es justo. ¿Comprendido?

El gondolero lo comprendió muy bien: su pasajera no era de las que podían ser engañadas.

—Comprendido, *signorina*.

—De todos modos —sonrió ella—, usted tendrá una gratificación por la molestia, naturalmente. Quisiera la lancha cuanto antes. ¿Es posible?

—Desde luego. Me daré prisa.

—Que me la lleven al «Gritti Palace». Mi nombre es Brigitte Montfort. ¿Lo recordará?

—Para toda la vida —sonrió el *gondolieri*.

Brigitte también sonrió, y se dedicó a mirar, con cierta emoción, el ambiente del Gran Canal, atestado de góndolas, lanchones de

mercado que se dirigían a sus retiros, vaporetti, motoscafi, que son más pequeños y más veloces que los vaporetti… Unas góndolas góndola-balsa, llamadas traghetti, de las que se dedican a cruzar pasajeros de uno a otro lado del Gran Canal pasó tan cerca y agresivamente de la góndola, que Dino comenzó a gritar, indignado, amenazando con un puño al patrón de dicha embarcación, deshaciéndose; en insultos proferidos en un rapidísimo veneciano que la viajera apenas pudo entender…, por fortuna para su sensibilidad.

El sol parecía convertir el agua en un espejo, pese a que no estaba precisamente limpia. Una verdadera pena, pero las aguas de los canales no suelen distinguirse por su limpieza. Por todos lados se oían gritos y saludos entre los *gondolieri*, y un viajero inexperto habría comenzado a sentirse aturdido, maravillado y fascinado a la vez.

La señorita Montfort, simplemente, estaba encantada. Contemplaba con sonriente aprobación todo cuanto sucedía a su alrededor. Habían dejado ya atrás el Ponti degli Scalzi, y poco después empezaron a verse los palacios; Palazzo Labia, Palazzo Vendramin, Palazzo Batagia, Ca Pesaro…

Cuando la góndola se detuvo por fin en el embarcadero del «Gritti Palace», el más moderno y lujoso hotel de Venecia, Brigitte Montfort parpadeó, como si quisiera sacudirse de los ojos la belleza que había estado contemplando, las bellas torres, los palacios de mármol, el pintoresquismo de los canales que desembocaban en el Grande… Un botones se hizo inmediatamente cargo del equipaje, mientras la viajera daba las últimas instrucciones al gondolero:

—Dormiré unas horas, de modo que no se apresure demasiado. Sin embargo, quisiera tener la lancha para las cinco. ¿Sí?

—Segurísimo, *signorina*. No, no —rechazó Dino el dinero que ella le tendía—. Me pagará luego.

—*Bene. Ciao, Dino*!

A pesar de que era de día, el *gondolieri* se quedó viendo las estrellas de la felicidad, por el simple hecho de que la *signorina* americana recordase su nombre y lo pronunciase con aquella elegante amabilidad. Cuando se alejó con su góndola, cantando por gusto personal, el buen Dino iba pensando que Venecia era una ciudad afortunada, ya que disponía entonces de un tesoro más: la

signorina Montfort…

Mientras tanto, ésta era atendida por el elegante conserje, una vez él pudo salir de su admiración. Efectivamente: cuatro días antes, en la misma Venecia, un caballero había reservado una *suite* con vistas al canal a nombre de Brigitte Montfort. La cual dejó su pasaporte en manos del conserje, y se fue en pos del botones, que además de las maletas llevaba ya la llave de la *suite*.

Tampoco el botones pudo dar crédito a la propina recibida, pero finalmente reaccionó, y dejó instalada en Venecia a la más bella, dulce, astuta y peligrosa espía jamás habida en el mundo entero. Lo primero que hizo ésta, como norma estricta, fue examinar la *suite* en busca de micrófonos. Mas, como esperaba, no había ninguno. Nada, ningún peligro, aparentemente.

Luego, mientras se fumaba un cigarrillo, estuvo contemplando el Gran Canal, apoyada en aquel ventanal con columnas, rodeada del confort del espléndido hotel: cortinajes rojos, muebles suntuosos, refrigeración… Mucho calor en julio.

Como quiera que había desayunado a su satisfacción en París antes de tomar el avión, decidió prescindir del almuerzo. Colocó su equipaje en el armario, disfrutó del placer de una ducha fría, y, fresca como una flor, se tendió en la cama. Tres segundos más larde estaba dormida.

A las cinco menos cuarto abrió los ojos, con la misma naturalidad que habría empleado si tan sólo los hubiera tenido cerrados unos segundos. Se puso un minivestido de color azul cielo, que la iba a convertir en la sensación de Venecia en cuanto navegara por sus canales, se peinó con dos pasadas de peine, recogió el maletín rojo con florecillas azules y un paquete envuelto con sólido papel que tenía dibujitos de osos, pelotas, tambores y trompetas, y abandonó la *suite*.

En el embarcadero del hotel estaba esperándola Dino, con otro veneciano, que casi se cayó al canal al verla. Dos gondoleros pasaron bogando en sus góndolas, y al verla comenzaron a gritarles cosas a Dino y al otro, riendo, haciendo ademanes de locura y exclamando varias veces «Madonna!» y «Mamma mia!».

—¿Es esta la lancha? —La señaló Brigitte.

—Sí, *signorina*. Es una buena lancha, veloz, no muy grande, y casi nueva. Tiene…

—¿Cuánto?

Dino y el otro cambiaron una mirada.

—¿Mil dólares? —susurró el vendedor, tímidamente.

Brigitte sonrió. Miró a la lancha de nuevo, miró al vendedor, miró a Dino… Abrió el maletín rojo con florecillas azules, sacó once billetes de cíen dólares, entregó diez al vendedor y uno a Dino.

Cuando se marchó, con la lancha, los dos continuaban petrificados.

Capítulo III

Poco después, detenía y amarraba la lancha en el Molo, puerto de los antiguos Dux de Venecia, cuyo palacio se veía enfrente, dejando a su izquierda la Piazetta, que es en realidad la entrada por el Molo a la universalmente conocida Plaza de San Marcos. Y delante de todo, las dos esbeltas y famosas columnas, aisladas, sosteniendo una de ellas la figura en bronce del león alado de San Marcos, y la otra la estatua de San Teodoro. A la derecha del palacio de los Dux, la Prigioni, conocida como la Cárcel de los Plomos, separada del palacio por un canal que salva el Puente de los Suspiros.

Y detrás del palacio, la basílica de San Marcos, dando fachada a la enorme plaza.

Cuando Brigitte apareció allí, pareció que cientos, quizá miles de palomas quisieran saludarla, echándose a volar a la vez. El cielo se oscureció bajo aquella nube móvil y bella, y el rumor del aleteo llenó toda la plaza, que estaba llena de gente de todas clases, especialmente, turistas.

A ambos lados de la plaza, en los encadenados pórticos con columnas, hay muchos cafés, entre los cuales destacan por su popularidad el «Quadri» y el «Florian»; en éste, se toca música por las mañanas; en el «Quadri», por las tardes. Frente a los pórticos, estaba lleno de sillas de color naranja, amarillo, azules… Filas y filas de sillas, con pequeñas mesitas… Las palomas habían vuelto a tierra. En la Torre del Reloj, los dos guerreros que manejan grandes martillos, se movieron mecánicamente, golpeando la campana.

—¡Postales, postales, postales…! —anunciaba un vendedor—. ¡Las más bellas postales de Venecia!

Había un pequeño tenderete, donde un hombre, entre otras cosas, vendía comida para las palomas, en cucuruchos, Brigitte compró unos cuantos, mientras sostenía con una sola mano el maletín y el paquete.

—¡Postales, postales, postales…! —gritaba el vendedor ambulante, con actitud casi de abalanzarse agresivamente contra los viandantes—. ¡Las más bellas postales de la más bella ciudad del mundo…!

Brigitte tiró al suelo el contenido de uno de los cucuruchos, y al instante un centenar de palomas voló bajo hacia allí, disputándose la comida…

—¡Postales! ¿Quiere una linda postal, *signorina*?

—No, gracias —sonrió Brigitte.

El hombre le guiñó un ojo, sonriendo también.

—Son las más bellas postales para la más bella espía del mundo, *signorina*.

Brigitte miró lentamente al vendedor.

—En ese caso, quizá compre alguna —murmuró.

—Es un obsequio —le entregó una tira de postales el vendedor —. Cuando encuentre a los rusos, métales una bala en la barriga a cada uno de mi parte.

—Amén —dijo la espía.

—Vaya al «Quadri». Él la está esperando allí. Buena suerte.

—Gracias, Simón.

Se encaminó hacia las mesas del Café Quadri, dejando tras ella al entusiasta vendedor, que continuaba gritando su mercancía.

—¡Las más bellas postales de…!

Cruzó la plaza, seguida por «su» centenar de palomas, llegó al café, y se dirigió sin vacilar hacia una mesa ocupada por un hombre de edad mediana, más bien bajo, de mirada penetrante y expresión adusta. Se sentó ante él, por medio la mesita, y dejó el maletín y el paquete en otra silla.

—¿Cómo está, señor Europa? —sonrió.

—Aleluya —gruñó el jefe de la CIA en Europa—. Terminaron todos nuestros problemas: ha llegado la agente Baby.

—Es usted muy amable —dijo secamente Brigitte—. ¿Cómo están las cosas?

—Igual que cuando enviamos las fotografías a Washington.

—¿Los dos rusos no han salido de Venecia?

—Eso nunca se sabe —refunfuñó Europa—. Sin embargo, es muy poco probable que hayan podido romper nuestro cordón. Naturalmente, usted los encontrará.

—Naturalmente —dijo Baby—. ¿Ellos siguen negando su participación en la encerrona de la playa?

—Siguen negando. Y a su vez, nos acusan a nosotros de haberles tendido una trampa a ellos. Una situación curiosa: se produce una encerrona en Lido, cuando van a intercambiar microfilms agentes nuestros y agentes rusos. Nosotros acusamos a los rusos, y ellos nos acusan a nosotros. Es como si existiera… una tercera fuerza en este asunto.

—¿Todavía sigue en contacto con ellos, por medio de la radio de bolsillo?

—Sí. Puedo llamarlos, y ellos a mí, en cualquier momento. Sin embargo, hace ya días que no tenemos nada que decirnos. Uno de ellos está herido en una pierna: lo alcanzó una bala disparada por uno de los nuestros. Eso no les ha gustado.

—Tampoco a nosotros nos ha gustado que uno de nuestros compañeros tenga una bala en la espalda y el otro en una pierna. Bien… Puesto que puede llamar a los rusos por la onda que establecieron durante el pacto para el intercambio de microfilms, hágalo cuanto antes. Dígales que, en efecto existe una tercera fuerza que interviene en esto, y que quiero hablar con ellos.

—¿Está loca? —exclamó Europa.

—Es usted muy descortés, amigo mío.

—Perdone… Es una locura revelar a los rusos que Baby ha llegado a Venecia, y más locura todavía acudir a una cita con ellos o los compañeros que posiblemente hayan venido a apoyarlos. Si usted acude a esa cita, la matarán.

—Sí, es una manía que tienen muchos: eliminar a Baby… Sin embargo, aquí me tiene usted… Tónica con vodka y hielo —pidió al camarero que se había acercado; esperó a que se alejara—. ¿Cuándo llamará a los rusos?

—Cuando usted quiera. Pero notificaré a Washington que declino toda responsabilidad.

—Está en su derecho —aceptó fríamente Brigitte; sacó un plano de Venecia del maletín, lo extendió sobre la mesa, buscó en él, y al fin señaló un punto con un dedito—. Dígales que espero a su enviado a las doce de la noche en la Calle dei Fabbri, en el cruce con el pequeño canal que pasa por debajo. Asegúreles que, igual que en el Lido, estamos jugando limpio, y que les ofrecemos todas

las garantías que quieran. De todos modos, si usted les dice que quien interviene en esto es la agente Baby, ellos sabrán que el juego va a ser limpio.

—Casi resulta divertido —sonrió secamente Europa—. Pero en usted ya no me sorprende nada. O casi nada. Lo que sí me tiene sorprendido es el hecho de que la Central haya decidido utilizarla a usted para un simple cambio de microfilms. Y casi me sorprende más que la envíen en misión de represalia: al fin y al cabo, ninguno de los nuestros ha muerto.

Brigitte sacó un sobre del maletín, y lo tendió a Europa.

—¿Quiere examinar estas fotografías? —pidió.

Europa tomó el sobre, sacó las fotos, les miró, frunció el ceño, y miró a Brigitte.

—Son las fotografías que nuestros dos compañeros heridos tomaron en el café «Terrazza dei Sole», en el Lido, la noche de la encerrona. Las conozco bien, ya que yo mismo, después de revelarlas y obtener copias, envié la micropelícula a Washington. Estos dos —señaló— son los rusos. Los marqué con una X que…

—Eso está sabido. Por medio de estas fotos, conozco a los rusos. Sin embargo, eso importa poco ahora. Nuestros dos compañeros, sin saberlo, hicieron un trabajo excelente.

—¿Sí? No creo que dos agentes rusos más o menos…

—No, no, no… Olvídelos, de momento. Y dedique toda su atención a este otro personaje —buscó una fotografía, la apartó, y señaló a un cliente del café, que se veía detrás y a la izquierda del agente americano llamado Bob—… Fíjese bien en él, Europa.

Éste parpadeó, un tanto desconcertado. Dedicó toda su atención a aquel cliente, y acabó moviendo la cabeza en un gesto de indiferencia.

—Bien… Parece un sujeto interesante, ciertamente, pero no lo veo muy bien. Está lejos, la fotografía no fue…

—Aquí tiene una ampliación de ese hombre, obtenida en nuestros laboratorios.

Europa tomó la nueva fotografía y asintió.

—Esto es otra cosa… Sí, un tipo interesante. Debe tener unos cuarenta y cinco años, es muy atractivo con sus canas en los aladares, viste bien, con sobriedad y elegancia. Un mentón digno de un hombre de carácter, una boca fina, firme… y un poco hostil, ¿no

le parece? ¿Quién es?

—Vea ahora estas fotografías de nuestro archivo de personal —le tendió Brigitte un juego de tres.

Europa las miró, lanzó un respingo, y desvió su mirada hacia la fotografía del sujeto interesante vista en primer lugar.

—Demonios… Parece el mismo hombre…

—Con quince años más. Pero, evidentemente, es el mismo hombre.

—Bien… No comprendo, francamente.

—Veamos… Como es natural, cuando llegó la micropelícula a la Central, se procedió a obtener copias con abundantes ampliaciones de todas las fotografías. Uno de nuestros fotógrafos, que lleva más de veinte años en la Sección Fotográfica, lanzó una exclamación al ver esta foto —señaló la del hombre con canas en las sienes—… Sin dar más explicaciones, se fue al Archivo de Personal de Acción. Una hora más tarde, estaba ante *Mr*. Cavanagh, con estas tres fotos del Archivo, y con ésta donde aparece el apuesto caballero del café-Terrazza dei Sole, de Lido de Venecia. *Mr*. Cavanagh también estuvo de acuerdo en que era el mismo hombre… con quince años más, claro.

—Entonces… este sujeto es un agente nuestro…

—Fue. Está muerto.

—¿Cómo? —balbuceó Europa.

—Murió hace quince años, en Hong Kong. Esa es la explicación que consta en nuestros archivos… Se la ampliaré un poco: este hombre, se llamaba Jefferson Conrad, y era uno de nuestros mejores hombres en Oriente, especializado en asuntos chinos, por lo que actuaba desde Hong Kong. La última misión que se le encargó, le costó la vida a él y a dos compañeros más de la CIA, llamados Bill Bowles y Aldo Martin, que habían acudido para apoyarle en su trabajo. Dicho trabajo consistía en pasar dos millones y medio de dólares a un grupo de chinos amigos de Estados Unidos, en el continente asiático. Pues bien: a ese grupo de amigos chinos no les llegó nunca el dinero, y la CIA jamás volvió a saber nada de los tres agentes que tenían que haber entregado los dos millones y medio de dólares. Por tanto, se dio por fracasada la misión, y los nombres de Bill Bowles, Aldo Martin y Jefferson Conrad fueron pasados al archivo de «Desaparecidos», dándoseles por muertos cuando se

cumplió el tiempo reglamentario.

—Entiendo… Y ahora, uno de esos tres agentes que desapareció con dos millones y medio de dólares, aparece en Venecia, quince años más viejo… y cerca de agentes de la CIA ¿Cuál es la teoría que han elaborado en la Central?

—Estoy segura de que usted la ha adivinado.

—Eso me temo… Parece evidente que Jefferson Conrad traicionó a sus compañeros Bowles y Martin; debió matarlos, desapareció con el dinero, y ahora está en Venecia, viviendo como un millonario, por supuesto, igual que ha hecho durante estos quince años pasados. ¿*Okay*?

—*Okay*. Esa es la teoría que se ha elaborado. Pero, aún hay más: está claro que Jefferson Conrad no se ha apartado del espionaje: la prueba la tiene usted en esta fotografía, en la que él aparece detrás de uno de nuestros compañeros heridos hace unos días. Jefferson Conrad estaba en el café «Terrazza dei Sole», y hemos de aceptar que conocía a nuestros compañeros… La pregunta es: ¿qué hacía en ese café un agente de la CIA que durante quince años ha sido dado por muerto?

—La tercera fuerza —musitó Europa.

Exactamente. Y aún vamos a reforzar más esa teoría. Fíjese bien en que Jefferson Conrad, que fue un excelente espía, desapareció en un momento que le introducía en un asunto relacionado con China… Jefferson Conrad habla el chino con la misma facilidad que el inglés. Se le encomienda una misión, desaparece rumbo a China… Eso es todo. Ahora, regresemos al momento actual, quince años más tarde: dos agentes norteamericanos y dos agentes rusos se citan en el café «Terrazza dei Sole», en Lido de Venecia, para intercambiar unos microfilms. Los rusos nos iban a dar un microfilm, y nosotros les íbamos a dar otro a ellos… ¿Correcto?

—Claro…

—Pero interviene una tercera fuerza, y lo desbarata todo … ¿Cuál era el contenido de esos microfilms, Europa?

—Bien… Los rusos habían conseguido nombres y datos de tres docenas de espías que trabajan en Estados Unidos para China Comunista. Por nuestra parte, la CIA disponía de casi cuarenta nombres de personas que, en Rusia, están también espiando a favor de China comunista. Se filtró la noticia a los respectivos directorios,

se llegó a un acuerdo, y se decidió intercambiar esos microfilms, de modo que, la MVD en Rusia y la CIA en Estados Unidos, pudieran hacer una buena limpieza de agentes chinocomunistas. Ambas partes salíamos beneficiadas.

—Y… ¿quiénes eran los perjudicados?

—Los chinos, claro.

—Bien. Entonces, a quienes les interesaba que ese intercambio de microfilms no se llevara a cabo era a los chinos, ¿no?

—Evidentemente.

—Dígame, Europa: ¿cómo y cuándo desapareció el agente de la CIA llamado Jefferson Conrad?

—Pues camino de China, hace quince años, llevando dos millones y medio de dólares… ¡Por Dios! —Palideció de pronto, intensamente—. ¿Está diciéndome que durante quince años, después de robar a la CIA, Jefferson Conrad ha estado trabajando para el servicio secreto chino de Mao Tse Tung?

—¿Se le ocurre alguna explicación mejor? —musitó Brigitte.

—No… No, no, desde luego —Europa se pasó el pañuelo por la frente, mientras por fin, a Brigitte le traían su pedido—… Ya me extrañaba que usted interviniera en esto… ¿Tiene que encontrar a este hombre, a Jefferson Conrad, o como quiera que se haga llamar ahora en Venecia? ¿Ha venido a buscarlo?

Brigitte bebió un sorbito de tónica con hielo y vodka, y sonrió deliciosamente.

—Yo no —dijo luego—: usted.

—¿Qué? ¿Yo…?

—Usted y todos los muchachos de que pueda disponer en Venecia. Dedíquense todos a buscar a Jefferson Conrad…

—¡Pero tengo a todos los hombres cerrando las salidas de Venecia, por si los rusos pretenden escapar…!

—Olvide eso. Sólo cite a los rusos en el lugar y hora que le he dicho antes. Yo me entenderé con ellos. Usted y los demás, busquen a Jefferson Conrad por todas las calles y canales de Venecia. Observe que tiene un aspecto muy deportivo, está bronceado —señaló la fotografía—. Apuesto que suele ir con frecuencia a Lido. Empiecen por ahí, si le parece. Criben toda Venecia. Hagan lo que quieran, pero quiero saber dónde está este hombre antes de mañana por la noche.

—Está bromeando —casi tartamudeó Europa—. ¡Venecia no es ningún pueblecito donde pueda encontrarse a una persona tan fácilmente!

—Y ustedes no son seres corrientes, sino espías, querido mío. Tiene treinta horas para encontrar a Jefferson Conrad. Quédese con las fotografías, yo no las necesito… Y cuando encuentre a Jeff Conrad, no hagan nada. Solamente, avíseme, por la radio de bolsillo.

—¿Tiene ya puesta la onda de Venecia? —masculló Europa.

—No —sonrió angelicalmente Brigitte—. Si le parece, tendré puesta la onda de Pekin.

—Muy graciosa —gruñó Europa—. ¡Muy graciosa!

—Lamento no poder decirle lo mismo de usted.

—No simpatizamos gran cosa, ¿verdad? —sonrió de pronto el jefe de la CIA en Europa—. Y en eso es usted injusta conmigo, Baby. Cuando lo de Número Uno, yo cumplía órdenes, simplemente[1].

—Hay que aprender a obedecer —admitió secamente Brigitte—. Pero también a desobedecer, cuando es necesario.

—Está bien, tómeselo como le venga en gana. Al fin y al cabo, tanta hostilidad hacia mí por nada, ya que me consta que Número Uno está vivo…

—Tonterías —sonrió secamente Baby—. Bien, aquí nos despedimos. ¿Dónde están?

—Dónde están…, ¿quiénes?

—Mis muchachos heridos.

—¿Acaso piensa ir a verlos? —Casi saltó de la silla Europa.

—Naturalmente. ¿Qué le pasa? ¿Le asombra que Baby tenga su corazoncito? Claro, como usted es incapaz de…

—Calle Sabotino, 6, en la Isla de Santa Elena —masculló el espía —. Haga lo que le dé la gana, pero déjeme en paz de una vez.

El rostro de Brigitte no se alteró. Bebió otro sorbito de tónica con vodka, se puso en pie, recogió sus cosas, y se alejó, sin despedirse. Poco después, pasaba junto al vendedor de postales, que le guiñó un ojo, sonriendo.

—¡Postales, postales, postales…! ¡Las más lindas…!

La agente Baby abandonó la Plaza de San Marcos sonriendo, llevando tras ella ahora dos o tres centenares de palomas, revoloteando sobre la comida que fue tirando a su paso.

Hermosa escolta para la reina del espionaje: palomas…

Capítulo IV

El hombre abrió la puerta, y se quedó mirándola atentamente, con una luz de esperanza en los ojos.

—Hola —sonrió la dulce espía—. ¿Están reposando aquí dos guapos y apuestos muchachos llamados Simón y Simón?

La luz de esperanza se convirtió en un destello de alegría en los ojos del hombre.

—Sea siempre bienvenida, Baby —exclamó—. ¡La estábamos esperando!

—Eso me hace feliz. ¿Y mis chicos?

—¡Adentro! —rió el Simón de turno—. ¡Locos de impaciencia! Oiga: yo también soy uno de sus chicos, ¿no?

—Con toda seguridad.

Le dio un beso en una mejilla, y Simón, que acababa de cerrar la puerta, se apoyó cómicamente en ella, como a punto de desvanecerse. Luego, riendo los dos, la condujo al dormitorio donde estaban los dos agentes de la CIA heridos. Uno de ellos, en pijama, se levantó de un sillón al verla, y acudió cojeando a su encuentro, con la mano tendida, sonriente. El otro, desde la cama, la miró con gesto desfallecido, pero consiguió sonreír también.

El que tendía su mano se llevó chasco. Brigitte no la aceptó. Lo que hizo fue besarlo en ambas mejillas, tomarle luego las manos, y mirarlo atentamente a los ojos.

—¿Bien la pierna, Simón? —musitó.

—Mucho mejor ahora —rió el espía.

—¿Y yo? —murmuró el de la cama, débilmente.

Baby fue allá, se sentó en el borde de la cama, se inclinó, y lo besó en los labios.

—Para todos hay premio —sonrió luego—. En especial, para mis muchachos que reciben un balazo en la espalda.

—Si lo llego a saber, les pido a aquellos tipos que me metan

también a mí una bala en la espalda —protestó el otro Simón.

Se echaron a reír los cuatro. Brigitte los miraba, mostrando la más dulce sonrisa de su extensísimo repertorio. Acarició una mejilla al herido de más gravedad, al fin.

—¿Alguna lesión en la columna vertebral, Simón?

—No, no… Tuve suerte… a pesar de todo. Dentro de unas semanas, volveré a estar en activo, espero.

—Entonces, vamos a celebrarlo. Luego, mientras espero que me llamen por la radio de bolsillo, me quedaré aquí, contaremos chistes, anécdotas, aventuras, y lo pasaremos estupendamente. ¿Hay copas en esta casa?

—Creo que si —dijo el único Simón no herido.

—Pues vaya a por ellas. Y friéguelas bien, Simón.

—Lo intentaré, pero no sé qué tal lo haré… ¡Aún no estoy casado!

Volvieron a reír los cuatro. Simón fue a buscar las copas. Mientras tanto, Brigitte deshizo el paquete envuelto en el papel con dibujos de osos, trompetas y tambores, y dejó al descubierto una caja de corcho. La destapó, dejando ver el hielo seco que contenía. Luego, sacó un frasquito de cristal que contenía redondas «cosas» rojas y brillantes…

—¡Atiza! ¡Son guindas! —exclamó Simón.

—En efecto. Y… *voilá* —sacó la botella de entre el hielo seco—. ¡Champán «Dom Pierre Perignon», del 55, nada menos, comprado en París durante mi brevísima escala allí! ¿Qué pasa con esas copas?

El otro Simón llegó corriendo, con cuatro copas en las manos, todavía goteando. ¡Plop! El corcho salió disparado hacia el techo, y el espumoso líquido partió hacia las copas. Luego, la espía más sensacional y divina del mundo, echó una guinda en cada copa. El champán se había conservado tan frío que las copas estaban empañadas ya cuando ella alzó la suya.

—¿Por quién brindamos? —preguntó—. ¿Por los espías?

—Por Baby —dijeron los tres Simones a la vez.

Ella les tiró besos con un dedito, y dijo:

—Chin-chin.

Hacia las nueve de la noche, todos riendo en el dormitorio, sonó la llamada en la radio de Baby.

—Permiso —pidió ella, riendo aún—. ¿Sí?

—He hablado con los rusos.

—Magnífico. Estaré a las doce en el punto convenido, señor Europa.

—No he dicho que ellos hayan aceptado.

—¿No han aceptado?

—Han aceptado —gruñó Europa—. No sé por qué, pero en cuanto les dije que Baby era la encargada del contacto, aceptaron enseguida.

—Ventajas de tener buena fama, querido amigo. Vaya tomando nota —cerró la radio y se volvió hacia el Simón no herido—. Bien, creo que es hora de ir a comprar unas cuantas *pizzas* para la cena… y vino, naturalmente. Mmm… ¿Qué les parece una botellita de «Valpolicella»?

—¡Uoooahuuu…! —exclamó el Simón de la cama, que tenía mucho mejor color y estaba animadísimo—. Entre el champán, el vino «Valpolicella» y su compañía, yo salto de esta cama dentro de cuatro días.

—Amén —susurró Brigitte—. Que quiere decir: así sea.

Capítulo V

El hombre se enderezó, miró su reloj de esfera luminosa y luego volvió a apoyarse en el pretil del puesto de la Calle dei Fabbri. En aquel momento comenzaron a llegar, amortiguadas en la noche, las campanadas de la torre del reloj de la Plaza de San Marcos. Como si fuese el toque de silencio para toda Venecia. En aquella parte, la tranquilidad era considerable, pero no en el Gran Canal, donde cientos de embarcaciones debían estar deslizándose por las pringosas aguas, llevando en su mayoría turistas ávidos de conocer mundo, cosas nuevas…

Estaba dando la última campanada de las doce cuando el hombre se volvió hacia un lado, para contemplar a la mujer que se acercaba. A la luz de los faroles pudo verla aceptablemente. Mediana estatura, desgarbada, cabellos rubios y rebeldes que apenas podían sostenerse formando un moño… En la calle, sus zapatones resonaban secamente, y, mientras se acercaba, se veía el brillo de las luces en los cristales de sus lentes. Llevaba una falda que ni era larga, ni era corta, ni era minifalda. Una especie de esperpento con lentes que parecía llevar zuecos en lugar de zapatos.

El interés del hombre, sin embargo, creció considerablemente cuando la mujer se detuvo junto a él, y mostró un cigarrillo.

—*Match, please*? —pidió.

El hombre sacó su encendedor, aplicó la llamita a la punta del cigarrillo de la mujer-esperpento, y, a la luz, pudo ver mejor el rostro de piel fina y los ojos grandes e inteligentes tras los lentes.

—¿Está usted esperando a una mujer? —preguntó de pronto ella, en ruso.

El hombre entornó los ojos.

—¿Baby? —musitó.

—Las doce en punto —sonrió el esperpento—. Yo siempre soy puntual, colega… ¿Cómo debo llamarlo?

—Iván.

—De acuerdo, Iván. Dígame, ¿cómo está su compañero?

—Bien. Su pierna curará en pocos días.

—Me alegro.

—A decir verdad, la creo —sonrió Iván—. Mire, Baby, si no me hubiesen dicho que usted intervenía en esto, yo no habría venido aquí, quiero que lo sepa. Su presencia cambia mucho las cosas en Venecia.

—Le agradezco sus palabras. Sin embargo, tanto rusos como americanos debemos andar con mucho cuidado en esta ocasión. Hay en Venecia agentes secretos que están trabajando para China.

—¿Está sugiriendo que fueron ellos los que estropearon la entrevista en Lido?

—Exactamente. ¿Ha traído el microfilm, Iván?

—Desde luego que no.

—Yo tampoco —sonrió Baby—. Pero comprenda que no vamos a pasarnos la vida esperando el canje. Opino que a los dos nos interesa terminar este asunto cuanto antes. Por el momento, a fin de evitar contratiempos, quiero dejar bien claro que la encerrona no fue obra nuestra.

—Ni nuestra —dijo Iván.

—Muy bien. Entonces, hay poco más que hablar, en el supuesto de que el canje continúe interesándoles.

—Así es.

—También a nosotros. En el momento oportuno volveré a ponerme en contacto con usted y quedaremos citados en un sitio donde podamos intercambiar los microfilms. ¿De acuerdo?

—¿Dónde quedaremos citados? —titubeó el ruso.

—Iván: si quiere seguir adelante, bien. Si prefiere desconfiar, dígamelo y aquí habrá terminado todo.

—Usted parece tomarse esta situación con toda tranquilidad y naturalidad, pero yo no. A fin de cuentas, yo soy un agente de la MVD, y usted es ni más ni menos que la agente Baby de la CIA No es normal lo que estamos haciendo.

—¿Le parecería más normal que ahora estuviésemos usted y yo cambiando balazos o cuchilladas? Escuche, Iván: es posible que dentro de un par de días, yo tenga que matarlo a usted. Pero mientras tanto, las cosas están de este modo pacífico y amable. ¿Por

qué estropearlo todo? Aunque algunas personas podrían reírse si me oyeran, usted sabe perfectamente que puede confiar en mí. ¿O no?

El ruso se pasó una mano por la boca, y al fin asintió con la cabeza, sonriendo.

—Estaré esperando su llamada. Y tengo preparado el microfilms, Baby.

—Lo mismo digo. ¿Algo más, Iván?

—No… Es decir… Bueno, yo debo estar loco.

—¿Por qué?

—Tengo ante mí a la agente Baby y me dedico a hablar con ella como si fuese de la MVD en lugar de ser de la CIA.

—Eso no es de loco, sino de espía eficiente, bien templado y sensato. No creo que esta entrevista pudiera ser mejor de ninguna manera.

—Pues yo creo que sí. Yo podría mejorarla. Al menos, para mí.

—¿Sí? ¿De qué modo?

—Bien… Sólo tengo que meter la mano en mi chaqueta, sacar la pistola y…

Iván había metido la mano bajo su chaqueta, pero se calló de pronto y quedó inmóvil, contemplando incrédulamente la pequeña pistolita que había parecido en la mano izquierda de Baby, y quedó ante su frente, a menos de dos palmos.

—Siga, Iván. ¿Qué iba a decir?

—Tonterías —sonrió al fin el ruso—. Solamente tonterías. ¿Puedo marcharme, o me va a tirar al canal, con una bala en la cabeza?

—Márchese. Y espere mi llamada. Puede que pasen dos o tres días, o quizá más, pero usted espere. Adiós, Iván.

—Adiós, Baby.

El ruso se alejó sin prisas, sin volver la cabeza una sola vez, y Baby fue quien ahora apoyada en el puente, mirando a todos lados…, especialmente hacia aquella esquina donde había visto a un hombre escondiéndose velozmente… Una góndola con cabina pasó bajo ella, sin duda llevando a una pareja de enamorados, y eso la hizo sonreír. Esperó a que se alejase, tiró el cigarrillo al agua y abandonó el puente. Cuando dobló la primera esquina, volvió la cabeza sólo lo justo para convencerse de que aquel hombre que había asistido mal oculto a la entrevista entre ella e Iván la estaba

siguiendo.

Sonriendo secamente, siguió calle arriba, directa hacia la Plaza de San Marcos. Cruzó los soportales llenos de arcos, pero, en lugar de seguir hacia el centro de la plaza, donde reinaba gran animación y se oía música, se metió en un portal. Con gran rapidez, se quitó la peluca, los lentes, los gruesos zapatones, el vestido de larga falda tan poco estética… Apenas había hecho esta transformación en una bella, linda y elegantísima jovencita en minifalda, cuando el hombre apareció, presuroso, mirando a todos lados, con expresión adusta. Pensó que no era ruso, pero, desde luego, no era chino.

El hombre pasó muy cerca de ella, siempre mirando a todos lados, Parecía disgustado consigo mismo. Mientras tanto, Baby quitó la negra funda de raso a su maletín, metió todo dentro, sacó los finos zapatitos de alto tacón, se los puso y quedó bajo los arcos, sosteniendo el maletín, que ahora era rojo con florecillas azules. Su mirada estaba fija, fría, en el hombre que la estaba buscando, no cabía la menor duda.

Por fin, con un gesto brusco, disgustado, el hombre dio por terminada la búsqueda. Simplemente, la mujer que él había visto con el ruso había desaparecido. Imposible localizarla en la concurrida Plaza de San Marcos. Se oían guitarras, risas, la gente paseaba, cambiaban saludos alegres…

El hombre se marchó por donde había llegado. Y ahora resultó él el perseguido. Tras sus pasos, como una sombra, la agente Baby demostraba una vez más su clase, su perfecta capacitación para el espionaje. Sin la menor vacilación, estuvo siguiendo al hombre durante diez minutos por lo menos, cruzando calles, puentes sobre los canales, pasando delante de pequeñas iglesias de recargada arquitectura… De cuando en cuando, desde los canales, llegaba la voz de un gondolero:

—¡Góndola, góndola, góndola…! —Ofrecía sus servicios.

Finalmente, apenas cruzar un puente, el hombre se detuvo ante la puerta de una casa. Baby no tenía ni la menor idea de dónde se hallaba en aquel momento, pero pudo ver un cartel indicador de la calle, y acto seguido se fijó en el número de la casa… La puerta se abrió, el hombre entró, la puerta se cerró…, y eso fue todo.

Oculta en las sombras, estaba pensando en la conveniencia de hacer una «visita» de inspección a aquella casa, cuando vio a otro

hombre aparecer por una esquina. Un hombre alto, de soberbia cabeza, que vestía de oscuro… Sólo un instante dio la luz en su rostro, pero fue suficiente para que la agente Baby tuviera que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación del más grande asombro.

Aquel hombre era Jefferson Conrad, el agente de la CIA que quince años atrás desapareció camino de China con dos millones y medio de dólares, empresa en la que murieron otros dos agentes de la CIA Es decir, el mismo hombre que, noches antes, había estado en el café «Terraza dei Solé» cuando tendieron una encerrona a los agentes de la MVD y de la CIA. El muy sucio, canalla y miserable traidor Jefferson Conrad.

Lo vio detenerse y mirar titubeante hacia la casa donde había entrado el otro. Encendió un cigarrillo, dio unos pasos hacia un lado, hacia otro… Finalmente, tras tirar el cigarrillo al agua, pareció que Jefferson Conrad se disponía a alejarse.

Y lo hizo.

Se alejó de allí, recorrió una calle caminando por el borde del canal y, por fin, saltó a una pequeña motora atada a una de las argollas metálicas. Sencillamente, se iba de allí, en lancha. Y si hacía tal cosa, Baby no podría seguirlo…

Un instante antes de oír el motor de la lancha, oyó una vez más el pregón de oferta:

—¡Góndola, góndola, góndola!

Vio la góndola deslizándose por el canal, hacia ella, pasando muy cerca de donde estaba Jefferson Conrad…, y su decisión fue instantánea. Se acercó al borde del canal, alzó una mano y llamó:

—¡Góndola! ¡Góndola…!

No acabó la palabra. Lo que hizo fue gritar, «asustadísima», pues perdió pie y se precipitó hacia las negras y sucias aguas. Lo último que se oyó de ella, antes de desaparecer bajo las aguas, fue aquel grito de miedo, casi histérico… Un surtidor de espuma brilló bajo las luces. Se oyeron los gritos del *gondolieri*, algunas personas acudieron al borde del canal, medio riendo. Cosas de Venecia…

Como por arte de magia, aparecieron dos góndolas más a los gritos de que alguien había caído al canal. De la cabina de una de ellas aparecieron los rostros de un hombre y una mujer, muy abiertos los ojos… Los escasos transeúntes de aquella parte de la

ciudad se agolpaban en el borde del canal…

Cuando la «infortunada» señorita Montfort reapareció en la superficie, tenía cerca de ella tres góndolas… y una lancha motora. Los *gondodolieri* gritaban, llamándola, y le tendían sus largas pértigas, pero, «muy asustada, desorientada completamente», la divina espía nadó hacia la lancha motora y se asió a la mano que le tendía el apuesto caballero que la tripulaba, ahora a motor parado, utilizando solamente un remo para desplazarse.

La ayudó a subir a bordo y la sentó en popa, chorreando… Uno de los gondoleros comenzó a increpar al salvador de la dama, hablando rapidísimamente, diciendo algo respecto a que la señorita le había llamado a él antes de caer al agua… Jefferson Conrad, simplemente, ignoró al gondolero, sacó una manta de algodón de la cabina y la colocó sobre los hombros de la «desdichada» joven.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en italiano.

—Perdone —dijo ella, en inglés—. No le comprendo, señor… No *capisco*…

—¿Norteamericana? —sonrió él, hablando también en inglés.

—Sí… ¡Oh, Dios mío, cómo me he puesto…!

—Solamente está mojada y tiene un buen susto —tranquilizó él sonriendo de un modo encantador—. No creo que eso sea demasiado grave… Una anécdota más que contar de Venecia cuando regrese a Estados Unidos.

Brigitte escurrió su espesa cabellera negra, después de dejar en la pequeña cubierta su maletín, que no había soltado, naturalmente. Mientras tanto, se quedó mirando a su salvador, con expresión poco menos que maravillada.

—Usted…, usted también parece norteamericano…

—No, no —negó él en el acto—. Estuve allí un tiempo, pero soy italiano. De Roma. Pero llevo muchos años en Venecia. Y ahora me alegro.

—Es usted muy amable —sonrió ella; se volvió hacia el gondolero, que continuaba vociferando—. ¿Qué le pasa a ese hombre?

—Ha perdido una clienta por culpa mía, y me está insultando —rió Jefferson Conrad.

—¡Oh!, es cierto… Yo llamé una góndola… Quería ir a mi hotel ya, pero… No sé qué pasó… Me acerqué al borde del canal… Me

siento ridícula.

—Muchas personas caen al canal. Incluso venecianos, en ocasiones. Si me lo permite, tendré mucho gusto en dejarla en su hotel, señorita…

—Montfort… Sí, gracias… ¡Oh, no, no quiero ir allí en este estado! ¡Odio el ridículo! Por el amor de Dios…, ¿no puede callar a ese hombre?

—Lo haré callar.

Conrad metió la mano en un bolsillo del pantalón, sacó un rollo de billetes, separó unos cuantos y los tiró hacia la góndola. El gondolero los recogió en el acto y se alejó, todavía profiriendo sonoros insultos contra los entrometidos.

—No sé qué hacer —gimió Brigitte—. ¡Si me presento así en el hotel van a reírse de mí todo el tiempo que esté en Venecia…!

—Bien —murmuró Conrad—. No quiero parecerle un granuja, pero me gustaría poder ayudarla, señorita Montfort… Tengo un pequeño apartamento, un piso, detrás de
Ca'Foscari,
con fachada a Río Ca'Foscari… Me disponía a retirarme en este momento. Creo que allí podría usted… recuperar un poco su aspecto habitual. Claro que si está pensando…

—No, no, por Dios… Cualquier cosa antes que volver así al hotel. Se lo agradezco mucho… ¡Qué contratiempo más antipático!

—Lo solucionaremos —rió él—. ¿Está usted en Venecia de vacaciones?

—Sí… Estaba en la Plaza de San Marcos, escuchando la música y me dije que sería interesante, dar un paseo por las calles estrechas, ver los canales… No me gusta ver sólo lo de primera fila, osea, el Gran Canal…

—La comprendo. Bien… Será mejor que pongamos proa a mi humilde piso, señorita Montfort. Secaremos sus ropas en la cocina, y podrá ducharse, si quiere. Entienda usted que mi oferta no puede ser más desinteresada en todos los sentidos. Quiero decir…

—Se lo agradezco —sonrió de pronto ella—. ¡Se lo agradezco tanto…!

Capítulo VI

Jefferson Conrad echó el último vistazo a la mesita y movió la cabeza, satisfecho. Luego, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, que daba al canal. Estaba abierta de par en par y parecía inevitable caer por ella a las negras aguas. Enfrente, tenía la fachada posterior de Ca'Foscari, uno de los más famosos palacios de Venecia. Llegaban allí, como rebotando en el cielo, todas las luces de Venecia, especialmente las del Gran Canal. Se oían las sirenas dé los últimos vaporetti en servicio…

De pronto, Jeff Conrad pareció recordar algo, que casi le hizo respingar. Miró hacia la puerta del fondo del saloncito y luego fue presurosamente a una cómoda; abrió un cajón, sacó una pistola con silenciador del bolsillo interior de su chaqueta y la guardó en el mueble, cerrando enseguida, en silencio, aquel cajón. Después, echó un vistazo al… «escenario».

Ecco! Todo perfecto.

Solamente había la luz de una lamparilla de pie, muy matizada por la pantalla de pergamino rosado. Una luz difusa, casi inexistente, en realidad. Se veía el sofá, la mesita con las bebidas que había dispuesto. Más allá, el tocadiscos, con un disco esperando en el plato. En la ventana había tiestos con flores, y la luz de la luna, ya casi llena, ponía un extraño colorido romántico, casi melancólico en los pétalos frescos. El aroma de los canales, entre yodado y agrio ponía una nota de intensa vitalidad en el ambiente. Aquello, quizá, podía ser un sueño de amor en un romántico jardín veneciano lleno de flores, a la luz de la luna…

La puerta a la que había mirado Jeff Conrad se abrió y apareció Brigitte, envuelta en un enorme albornoz blanco con rayas oscuras y una toalla en la cabeza.

—Es usted un hombre muy grande —musitó.

—Pero no un gran hombre —susurró Jeff Conrad—. ¿Está ya

completamente tranquila?

—Sí, desde luego. Bueno —sonrió deliciosamente—, si hubiera sabido que en Venecia había personas como usted, seguramente habría venido antes.

—¿Y se habría tirado a un canal? —rió él, quedamente.

—¡Quizá sí! —rió Brigitte—. Espero no haberle molestado con mi presencia en su casa.

Jeff Conrad se quedó mirándola. Era cierto. Aquella mujer no era corriente, no era vulgar, no era como las demás mujeres… Se había dado cuenta la primera vez que ella le miró directamente, en la lancha, escurriendo sus cabellos. Por supuesto, su belleza física era del todo deslumbrante, pero, para un buen conocedor como él, aquello era lo de menos. Cuando una mujer tiene la expresión que él veía en aquellos ojos, todo lo demás resulta secundario…, aunque «todo lo demás» la convierta en la mujer más hermosa que jamás había conocido… Señaló la mesita donde había dispuesto las bebidas.

—Dispongo de Sarti y San Bucca —murmuró—. Creo que un trago de cualquiera de ellos le sentará bien. De todos modos, si prefiere una bebida fresca…

—Sepamos primero qué son el Sarti y el San Bucca —rió ella.

—Bien… Una especie de aguardiente… Italianos, naturalmente. El San Bucca es quizá un poco más fuerte que el Sarti, que resulta liviano, fácil de pasar… y de resistir.

—Entonces, me decidiré por el Sarti.

—¿Hielo?

—Sí, sí, por favor.

Jeff Conrad puso dos cubitos de hielo en cada vaso. Luego, escanció el Sarti. Mientras tanto, Brigitte se había acercado al tocadiscos y lo puso en marcha, colocando suavemente la aguja en el borde. Las primeras notas fueron suficientes para identificar la música.

—Chopin —musitó—. «Serenata a la luz de la luna». Creo que no podríamos escuchar nada mejor. Gracias —tomó el vaso, bebió un sorbito y en su rostro apareció una deliciosa muequecita de aprobación—. ¡Maravilloso! Los canales, las flores, la luna, el Sarti, la música… A propósito —parpadeó—, todavía no sé su nombre.

—Marco Mendicoli.

—Tiene usted nombre de artista —se echó a reír al ver él sobresalto de Mendicoli—. No se asuste, no soy una bruja adivina, ni una pitonisa siquiera. Simplemente, al venir desde el baño, he visto una puerta abierta, he mirado y he visto algunos cuadros… Supongo que los ha pintado usted.

—En efecto. ¿Qué le han parecido?

—Pues… ¿Debo ser sincera?

—Se lo ruego.

—Entonces diré que no están mal.

—Entiendo. No son gran cosa, ¿verdad? Pero le aseguro que eso no me preocupa demasiado, va que suelo venderlos a precios que me permiten vivir discretamente. Habrá podido observar que mi piso no es precisamente un *palazzo*.

—Es un bonito piso, de todos modos. ¿También le gustan las flores? —señaló las de la ventana.

—Sí —rió quedamente Mendicoli—. Realmente, tengo espíritu de artista. Apuesto a que la voy a sorprender: también toco el violín.

—¡No! —exclamó Brigitte, riendo.

—Sí, sí… Aunque mucho me temo que la calidad de mi música sea parecida a la de mis pinturas.

—¡Oh!, bueno, no todo el mundo puede ser genial, señor Mendicoli… De todos modos, estoy segura de que su esposa, o su novia, estará muy satisfecha con…

—No tengo esposa. Ni siquiera novia.

—Ah… Bien… Entonces, sus amigos deben invitarlo para…

—No tengo amigos. Ni novia ni parientes. No tengo nada ni nadie.

Brigitte estuvo unos segundos mirándole fijamente. Por fin, parpadeó, lentamente y musitó:

—¿Me está diciendo que vive usted en Venecia como si estuviera viviendo en un… en un desierto?

—Peor. A fin de cuentas, en un desierto no hay nadie y no se puede esperar compañía. En una ciudad, puede esperarse compañía y resulta doblemente duro no disponer de ella.

—No puedo comprenderle… Es imposible que no haya en Venecia personas dispuestas a ser amigas de usted.

—Soy yo quien no quiere tener amigos.

—Mmm… No sé cómo interpretar sus palabras, señor Mendicoli. Pero presiento que está deseando que me marche, que prefiere siempre estar solo. Si es así…

—No es así. Lo que estoy tratando de decirle es que prefiero no tener amigos. Doy mala suerte.

Brigitte se echó a reír, aliviada, al parecer.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. ¡No me diga que se considera usted un… un gafe!

—Más o menos.

—¡Qué barbaridad! Todo eso son supersticiones impropias de un hombre de su temperamento y de su evidente cultura, señor Mendicoli.

—¿No cree usted en la buena o en la mala suerte?

—Pues… Sí, en cierto modo. Yo misma, por ejemplo, suelo tener tanta suerte que a veces me asusta.

—Yo soy todo lo contrario. La buena suerte que a usted parece sobrarle, a mí me falta. ¿Más Sarti?

—No… No, no, gracias.

Brigitte se sentó en el sofá, al fin, y quedó silenciosa. Marco Mendicoli permaneció en pie, mirándola atentamente, los dos escuchando el resto de la composición de Chopin. Cuando terminó, se hizo un silencio denso, llegó una brusca calma.

—¿Por qué me mira tan fijamente? —murmuró Brigitte, tras unos segundos de silencio.

—Estaba pensando que me gustaría pintarla. —¡Oh!…

—¿Le molesta mi sugerencia?

—Todavía no lo sé. Imagino que tendría que ser un desnudo.

—En general, es como mejor queda reflejada la personalidad de cualquiera, en esa circunstancia.

—¿De veras? —sonrió levemente la divina espía.

—Es mi opinión. Si decide usted visitar alguna de las numerosas galerías de arte de Venecia, verá muchos hermosos cuadros, gran parte de ellos pertenecientes a figuras célebres de hace un par de siglos o más… Pero, sean cuales sean esas personalidades, están más definidas por su atuendo, sus joyas o sus cetros que por la propia personalidad. Una persona sólo es como es cuando se la puede ver en toda su magnitud humana, de la cual no me negará usted que el aspecto físico es una parte importantísima.

—Es posible que tenga razón —admitió Brigitte—. Pero supongo que no sería fácil distinguir a un rey que hubiesen pintado sin corona.

—Buena respuesta —sonrió Marco Mendicoli—. Sin embargo, yo insisto en lo contrario: debería distinguirse al rey aunque estuviese sin corona. Lo que importa, es la calidad humana, y esa debe ser visible en todo momento. En el caso de usted, tengo la convicción de que sería siempre la misma, tanto vestida con terciopelos, con bikini o con atuendo medieval.

—Entonces —sonrió la divina— no es necesario que me pinte.

—En su caso, no. Pero me gustaría.

—¿Ahora? —musitó ella.

—No, no… Preferiría a la luz del sol.

—Es decir, que sus intenciones son… estrictamente artísticas.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa había pensado?

Brigitte se quedó mirándolo fijamente. Acabó sonriendo, muy levemente.

—Me gustaría oírle tocar el violín, señor Mendicoli. Pero no me atrevo a pedírselo a una persona que siempre quiere estar sola. Creo que con el calor que hemos procurado en la cocina mis ropas ya se habrán secado lo suficiente para que nadie se fije en mí. Lo dejaré solo en cuanto me haya vestido.

Pareció que Mendicoli fuese a decir algo, pero permaneció callado. Brigitte fue a la cocina, tocó sus ropas tendidas, y, en efecto, consideró que podía ponérselas, ya que, por supuesto, no necesitaban ser planchadas. Se quitó el albornoz, se vistió rápidamente, se puso los zapatones, ya que los otros zapatitos los había perdido en el canal, y se quedó mirando el contenido de su maletín: la peluca, la radio, dinero escondido, el trípode-fusil… Docenas de pequeñas cosas que la convertían en la espía posiblemente mejor equipada del orbe…, siempre y cuando se tuviera el suficiente ingenio para saber utilizar todas aquellas cosas en el momento oportuno.

Se quedó mirando la pistolita. Normalmente, ella tendría que volver junto a Jefferson Conrad, decirle que sabía que había traicionado a la CIA, acusarle de las muertes de Bill Bowles y Aldo Martin quince años atrás y meterle una bala en el corazón…

En aquel momento comenzó a llegar hasta allí la música de un

violín. Una dulce, lenta, nostálgica música que no correspondía a ninguna composición conocida, pero resultaba de una calidad muy apreciable. Estuvo unos segundos pensando que muy cerca de ella tenía a un espía-pintor-músico-compositor… y traidor. Finalmente, se quedó con uno de los pequeños micrófonos en la mano, cerró el maletín y salió de la cocina. Antes de entrar en el saloncito, colocó el micrófono en un rincón, bien oculto.

Cuando entró, incluso la luz de aquella lámpara de pie había sido apagada. Marco Mendicoli continuaba tocando el violín y se le veía a contraluz del canal, en la ventana, rodeado de flores… Un momento ideal para meterle una bala en el corazón. Una muerte dulce. Muy dulce.

Pero lo que hizo fue acercarse a él y permanecer inmóvil mientras Mendicoli continuaba tocando. Por fin, dejó de hacerlo y bajó el arco, lentamente, pero todavía quedó con el violín apoyado en la barbilla.

—Me voy —susurró Brigitte.

Mendicoli bajó también el violín y asintió con la cabeza.

—La llevaré en mi lancha…

—No, no. Tomaré una góndola. Prefiero despedirme aquí. Muchas gracias por todo, señor Mendicoli… Aunque lamento haber turbado su soledad. Espero no molestarle nunca más… ¡ahí pasa una góndola! Voy a salir ahora mismo…

Tendió la mano a Mendicoli, que la tomó, pero no la soltó. Abajo, en el canal, se oía la voz queda de un hombre, como en susurros:

—Góndola… Góndola…

El farolillo se veía ya reflejándose en las aguas. Pero Mendicoli, aún reteniendo la mano de Brigitte, con el violín y el arco en la otra mano, movió negativamente la cabeza.

—No creo que le convenga esa góndola —musitó.

—¿Perdón…? No comprendo…

—Me doy cuenta de que lo ignora. Ese no es un gondolero normal.

—¿Qué quiere decir?

—El gondolero que a usted le conviene es el que va gritando con más energía eso de «¡góndola, góndola, góndola…!». Ese que va susurrando apenas la palabra, persigue otros fines.

—¿Qué fines?

—Se está… ofreciendo. Hay muchos como él, y la mayoría de turistas que vienen a Venecia lo saben. Muchas damas esperan en los canales a que pase uno de esos gondoleros, y entonces los llaman. Ellas van solas siempre, precisamente en busca del gondolero… Y son ellas las que pagan… Supongo que ahora sí me comprende.

Abajo se oyó de nuevo la voz, sugestiva, queda:

—Góndola… Góndola…

Y la góndola pasó al fin bajo la ventana. Más allá llegaba otra, también lentamente, y la oferta de «¡góndola, góndola, góndola!» llegó con energía y claridad hasta ellos.

—Bien… Tomaré esa otra. Adiós, señor Mendicoli. Espero que no sea cierto que usted es un gafe, y que se hunda mi góndola sólo por haberle conocido.

—Parece que usted no cree en esas cosas…

—No. Yo sólo creo en cosas inteligentes o hermosas. Sólo eso. Y hablando de cosas hermosas, me gustaría saber si usted me vendería uno de sus cuadros… No. No me dé respuesta ahora. Si acepta, déjeme un recado en el «Gritti Palace». Adió.

Quiso retirar su mano, pero los fuertes dedos de él todavía la sujetaron unos segundos. La fue soltando, lentamente, mirándose ambos fijamente, a la luz del canal, de la Luna…

—Adiós —susurró Mendicoli.

Dos segundos más tarde. Jeff Conrad o Marco Mendicoli estaba solo. Oyó abajo, en la estrecha acera, el taconeo de Brigitte, su voz llamando a la góndola, y luego vio ésta deslizándose por Rio Ca’Foscari, en busca del Gran Canal…

Lo que no pudo ver, ni mucho menos oír, fue a la señorita Montfort antes de tomar le góndola. Si la hubiera visto, habría sido muy revelador para él, sin duda, observar cómo la señorita Montfort hablaba… a lo que parecía, o quizá era, un paquete de cigarrillos…

Capítulo VII

Es usted de una imprudencia fantástica —gruñó Europa cuando ella entró en el dormitorio de los heridos—. ¡No ha debido citarme aquí!

Además de él, estaban los tres Simones. El herido parecía dormir, y Brigitte se acercó a él, le pasó una mano por la frente, y sonrió. Los otros dos la observaban atentamente, y pensaron que aquella sonrisa bien merecía un balazo en la espalda.

—Hablaremos en voz muy baja, Europa —dijo luego Baby—. No hay que despertar a Simón. Una cosa: ¿cuánto calculan que tardará en poder ser trasladado?

—Un par de días —musitó el Simón herido en una pierna.

—Bien. Habrá que sostener la situación hasta entonces… He hablado con un ruso al que llamaremos Iván, y hemos llegado a un acuerdo satisfactorio. Estará esperando mi llamada para intercambiar los microfilms.

—Debo admitir que ha sido un buen trabajo —murmuró Europa—. Pero podía haberme dicho eso por la radio en lugar de citarme aquí.

—¿Ha traído las fotografías, tal como le he pedido? —se interesó Brigitte, sin hacerle demasiado caso.

—Desde luego.

Le tendió el sobre. Brigitte lo tomó, sacó de él las fotografías, y las fue pasando, rápidamente. Enseguida apartó una, y se la quedó mirando con gran atención. Casi en el acto, señaló un punto de la fotografía.

—Este es el hombre.

—¿Qué hombre? —Frunció el ceño Europa.

—El que asistió, muy mal escondido, por cierto, a la entrevista entre Iván y yo.

—¿Está segura? —Palideció Europa—. ¡Si la han seguido…!

—No diga tonterías —replicó secamente Brigitte—. Si hubiera

habido la menor probabilidad de que alguien pudiera seguirme, yo jamás habría venido aquí.

—Está bien… De todos modos, parece que queda demostrado que los rusos están jugando sucio…

—Otra tontería de las suyas —refunfuñó Brigitte—. ¿No lo entiende? Este hombre estaba siguiendo a Iván, vigilándolo. Si fuese miembro de la MVD no habría hecho semejante cosa. Vea la fotografía… Es este hombre que se ve ya fuera del café «Terrazza dei Sole»… Esta es la última fotografía del microfilm que impresionaron Simón y Simón —señaló a los dos heridos—. Es evidente que este hombre lleva tiempo detrás de los rusos Localizaron a los de la MVD[5] supieron que estaban preparando un intercambio de microfilms con agentes de la CIA, y esperaron el contacto, para cazarlos a todos, y apoderarse de los dos microfilms. Por tanto, este es uno de los hombres que tendieron la encerrona en la playa hace días.

—Parece muy razonable —susurró Europa.

—Están vigilando a los rusos todavía. Pero no saben dónde estamos nosotros. Por eso no hacen nada. Están esperando… Quieren los dos microfilms, no uno solo. Evidentemente, este hombre, y los de su grupo, están trabajando para el servicio secreto chino. De un modo u otro, se han enterado de todo, y quieren los microfilms y eliminarnos a los rusos y a nosotros. Cuando este hombre me vio hablando con Iván comprendió que yo era una agente de la CIA, y por eso empezó a seguirme. Sin embargo, lo despisté, y fui yo quien lo siguió a él.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a este hombre y a sus compañeros? —se animó Europa.

Brigitte le tendió un papel, tras hacer una anotación en él.

—Está en esta dirección. No sabría ir allí, pero anoté la calle y el número.

—Magnífico… ¡Buen trabajo de verdad, Baby! Naturalmente, nos vamos a dedicar a vigilarlo… Esa casa quedará en el acto bajo la vigilancia de la CIA.

—Eso es precisamente lo que iba a pedirle. Así, tendremos controlados a los agentes rusos y a los chinos. Pude ver bien al hombre… Me parece que es albanés. Pero, claro, el aspecto no quiere decir nada. Digamos, pues, simplemente, que es europeo.

—Hay miles de europeos que están trabajando para el servicio secreto chino —murmuró Europa—. Y también muchos americanos.

—Sé muy bien todo eso. Y tendremos que ir con mucho cuidado. Por mi parte, a menos que algo fuerce la situación, no pienso hacer nada hasta que pasen dos días, y Simón y Simón hayan sido evacuados de Venecia. Si las cosas se pusieran feas, ellos estarían en un grave apuro, ya que no se hallan en condiciones de luchar.

—Yo podría… —empezó Simón.

—Usted sí, porque sólo está herido en una pierna, Simón. Pero nuestro compañero caería definitivamente si la cosa llegara a malas. De modo que se hará lo siguiente: ustedes permanecerán aquí estos dos días, hasta ser sacados de Venecia. Mientras tanto, Europa y los demás agentes útiles se dedicarán a vigilar la casa donde está el hombre que intentó seguirme. Es muy probable que vigilándole a él o a otros que salgan de esa casa, lleguemos a saber dónde están los rusos. Entonces, tendremos la situación completamente dominada, y ya decidiré como oriento la culminación de este asunto. ¿Alguna duda? ¿Está usted de acuerdo conmigo, Europa?

—Por supuesto. Sin embargo, no podré dedicar muchos hombres a vigilar la casa cuya dirección ha escrito usted en este papel… No olvide que tenemos que buscar a Jefferson Conrad.

—Olvídelo.

—¿Que lo olvide? —exclamó Europa—. Ya se han distribuido copias fotográficas por toda Venecia, y la búsqueda ha comenzado. Pero le advierto que el plazo que usted me dio es tan corto que…

—Retire a todos los agentes de ese servicio. Ya he encontrado yo a Jefferson Conrad.

Europa pareció no comprender. Se quedó con la boca abierta unos segundos. Luego, bruscamente, enrojeció.

—¿Ha encontrado a Jefferson Conrad? —farfulló.

—En efecto —sonrió la divina—. Ya ve que no era tan difícil. Y no sólo lo he encontrado, sino que he estado en su piso, he tomado Sarti con él, y le he escuchado tocar el violín.

—Comprendo —sonrió torcidamente Europa—. Esta es una de sus graciosas bromas…

—De ninguna manera. Jefferson Conrad se hace llamar Marco Mendicoli, toca el violín, y vive de unos cuadros aceptables que pinta. No tiene familia, no tiene amigos, vive solo… Y no vive

demasiado bien. No al menos lo bien que podría vivir con dos millones y medio de dólares.

—¿Realmente lo ha encontrado?

—Claro.

—Por todos los demonios del espionaje… ¿Cómo ha podido conseguir semejante cosa?

—Pura suerte. De veras. Estuve con él en su piso. Luego, tomé una góndola, me hice llevar adonde había dejado mi lancha, y con ésta he venido aquí, después de citarlo a usted con las fotografías… Jefferson Conrad estaba rondando la casa donde entró el hombre que se dedicaba a vigilar a Iván y que quiso seguirme a mí.

—No comprendo… ¿Ha dicho que estaba rondando aquella casa o que «salió» de aquella casa?

—Estaba «rondando» la casa, solamente. Si tuviera que dar una opinión sobre su actitud, yo diría que está vigilando a los agentes chinos.

—¿Conrad? ¿Por qué habría de hacer tal cosa? Si él es uno de ellos, si en verdad se vendió a China hace quince años, y se quedó el dinero…

—No sabemos eso con seguridad, Europa. Y él no vive como quien dispone de dos millones y medio de dólares, ya se lo he dicho.

—Puede ser un ardid. Posiblemente, esté en Venecia bajo el papel de un pintor solitario y modesto sólo para llevar a cabo este trabajo.

—Ya he pensado en eso —asintió Brigitte, pensativa—. Pero no hay que precipitarse. Ustedes ya tienen mis instrucciones. Yo me ocuparé personalmente de Jefferson Conrad.

—¿Piensa volver a verlo?

—Es un hombre muy agradable —sonrió Brigitte.

—Y un traidor.

—Eso ya se verá.

—¿Ya se verá? ¿Acaso hay otra explicación para la actitud de Jefferson Conrad? Hace quince años que se le dio por muerto, y resulta que está vivo. ¿No ha tenido tiempo ni ocasión, en quince años, para presentarse a la CIA, para dar señales de vida, para proporcionar una explicación a la Central? ¿Por qué se ha estado ocultando de nosotros? ¿Qué hacía en Lido cuando hirieron a dos

de los nuestros…?

—Está bien —murmuró Brigitte—. Sé pensar en esas cosas por mí misma, Europa. Y naturalmente, usted tiene razón. De todos modos, no quiero precipitar las cosas. Tenga bien presente que por encima de todo, yo soy una espía cerebral… Es decir, inteligencia y astucia. No soy una jovencita emotiva, que se deje llevar por las impresiones más o menos románticas de su corazón.

Europa soltó un gruñido.

—Lo que parece realmente usted es una profesional de la palabra, Baby.

—También soy eso. Quizá está olvidando, querido amigo, que soy Brigitte Montfort, una de las periodistas más cotizadas del mundo.

—Habla demasiado —insistió Europa.

Brigitte quedó unos segundos pensativa. Y al fin, asintió.

—Es posible. Quizá sea cierto que hablo demasiado. De todos modos, a usted no le conviene olvidar una cosa: las palabras, se las lleva el viento, y las balas se quedan en el cuerpo de las personas contras las que han sido disparadas. Yo prefiero primero hablar, si es posible. Llegado el caso, no he sido nunca torpe en usar a mi pequeña amiga de cachas de madreperla.

Mostró la pistolita, la guardó, recogió lo que le interesaba, cerró el maletín, y sonrió a sus Simones.

Cuando se hubo marchado, el Simón que estaba herido en la pierna miró hoscamente a Europa.

—Parece que hay algo que usted ignora, señor —murmuró—. El día en que todos los espías que la CIA tiene en el mundo tengamos que elegir a un futuro jefe para cualquier continente, o para todos, no habrá la menor discusión al respecto.

—¿Elegirían a Baby? —masculló Europa.

—Hombre, no —rió secamente el otro Simón—. Si le parece, vamos a elegirle a usted. ¡Estaría bueno! Aún no he conocido a nadie en el mundo que sea tan tonto como para cambiar miel por vinagre.

Capítulo VIII

Han dejado un paquete para usted, señorita Montfort.

Brigitte se quedó mirando amablemente al conserje, con expresión interrogante. El hombre sacó de debajo del *comptoir* un objeto plano, ancho, largo, envuelto en sólido papel. Lo entregó a la divina espía, que se limitó a rasgar un ángulo del envoltorio. Sonrió al ver los colores, la tela embadurnada con óleos. Conocía bien aquel cuadro.

—¿Cuándo lo han enviado? —se interesó.

—No hace mucho… Pero no lo enviaron, sino que lo trajo personalmente un caballero. La está esperando a usted en la terraza.

—Muchas gracias… ¿Será tan amable de guardarme el cuadro hasta mi regreso?

—Con mucho gusto.

Brigitte subió a la terraza del «Gritti Palace». Hacía un día espléndido, se veía todo el canal, gris y azul, lleno de góndolas y de vapores.

Enseguida vio a la persona que la estaba esperando. Fue a la mesa, se sentó ante él, y se quedó mirándolo amablemente.

—Buenos días —sonrió—. ¿Debo entender que no le preocupa traerme mala suerte, señor Mendicoli?

Mario Mendicoli la miró. Muy lentamente, reflexivamente.

—No he podido dormir —murmuró.

La conciencia un poco sucia —rió Brigitte—. ¿Acaso ha asesinado a alguien alguna vez?

Jefferson Conrad, esto es Mario Mendicoli, palideció intensamente.

—Me refería a los recuerdos de usted. No es una, persona fácil de olvidar.

—Supongo que quiere decir que no soy una mujer fácil de olvidar.

—No… No he querido decir eso. Prescindo de si es mujer o no. Considerándola únicamente como persona, no es posible olvidarla. Hay algo muy especial en usted, señorita Montfort.

—Seguramente, se refiere a que, teniendo los cabellos negros, tengo los ojos azules —rió ella, de nuevo.

—Mucho me temo que he perdido el tiempo. He venido aquí a hablar en serio, no a bromear más o menos simpáticamente.

—Oh… Bueno, de cuando en cuando a mí también me gusta hablar en serio… ¿Alguna vez vio un día tan hermoso como este?

—Posiblemente, no.

—Yo, sí. En muchos lugares: Acapulco, Honolulú, Rio de Janeiro, Niza, Torremolinos, Estoril, Miami… El sol es una especie de… obsequio que recibimos diariamente los humanos, sólo que no sabemos apreciarlo debidamente.

—Yo sí sé apreciarlo.

—¿De veras? ¡Enhorabuena, entonces! Esto… ¿Puedo saber a qué ha venido a mi hotel, señor Mendicoli?

—Se me ha ocurrido que podía pasar el día con usted.

—¡Caramba! ¡Usted lo que quiere es matarme!

Mendicoli volvió a palidecer.

—¿Por qué dice eso? —Casi gritó.

—Por lo de su mala suerte… Francamente, no me considero segura a su lado.

—He pensado una cosa. Puedo enseñarle Venecia, sus alrededores, el Lido, los palazzos, los canales…

—Parece como si conociera usted Venecia muy bien.

—En efecto.

—Un hombre de mundo —sonrió ella—. ¿Qué más conoce de este grandioso planeta, señor Mendicoli?

—Poca cosa.

—Oh, vamos… Yo creo que ha viajado mucho. Me dijo que había pasado bastante tiempo en Estados Unidos. Por tanto, es muy posible que también haya estado en otras partes. No sé… España, India, África, América del Sur, Asia en general, posiblemente Hong Kong… ¿Le gusta Hong Kong, señor Mendicoli?

Una vez más, Mendicoli palideció.

—Nunca he estado en Hong Kong —musitó.

—Ah, pues yo sí… Es increíble… Tan exótico…

—Lido de Venecia no es precisamente exótica —musitó Marco Mendicoli—, pero se pasa bien allá.

—No me cabe la menor duda —rió Brigitte—. Voy a serle sincera, Marco: tenía la esperanza de que usted se convencería de que no es ningún ser especialmente maligno, y de que posiblemente, vendría a buscarme. Por eso, le dije anoche donde estaba alojada.

—¿Me di cuenta de ello o no? —sonrió Mendicoli.

—Aparentemente, sí.

—¿Qué le ha parecido mi regalo?

—Es un presente de buena voluntad. Según entiendo, hacer este obsequio no ha debido ser fácil para un solitario como usted.

—Ni difícil.

—No le comprendo ahora.

—Bien… Hubo un tiempo…

—¿Sí? ¿Por qué se detiene?

—Son tonterías.

—¡Oh, por favor, Marco…!

—Bien… Hubo un tiempo en que las cosas parecían ser de color de rosa… usted comprende… Todo hombre, y toda mujer, ha pasado por una situación parecida. Pasan cosas, y cosas, y cosas. Pero todas ellas son buenas. Uno se pregunta cómo es posible que todo lo bueno que hay en el mundo venga a nuestras propias manos. Se conoce gente amable, se tienen muchos amigos en todas partes, a uno lo estiman debidamente en su trabajo…

—¿Qué clase de trabajo hacía usted?

—Experto en Arte… Trabajaba en una galería donde se hacían exposiciones de cuadros.

—Un trabajo interesante —murmuró Brigitte—. ¿Qué pasó luego?

—¿Luego? Bien… Resultaría un tanto largo y complicado de explicar. Simplemente, lo perdí todo.

—¿Por qué?

Marco Mendicoli quedó pensativo, sombría la expresión. Al fin miró con gesto de desaliento a Brigitte, y pareció que fuese un gran esfuerzo sonreír.

—Mala suerte, eso es todo. Preferiría no hablar más de mí, francamente.

—¿Quiere que hablemos ahora de mí? —sonrió Brigitte.

De nuevo quedó pensativo Mendicoli. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No. Prefiero no saber demasiadas cosas sobre usted, de momento. Supongo que lo natural será que nuestra… amistad dure muy poco. Luego, usted se irá, y yo quedaré definitivamente solo. Entonces, me será más fácil recordarla tal como la estoy imaginando en todos los sentidos, que encajarla en cualquier definición que usted misma me dé.

—Es una actitud muy romántica —rió Brigitte—. En definitiva, usted no me ha dicho gran cosa de sí mismo, ni quiere que yo le hable de mí. Es usted un hombre extraño, Marco.

—¿Eso le parece? En realidad, sólo soy un pobre hombre que pinta cuadros y toca el violín. Es hermoso este lugar, la terraza con vistas al canal… Todo muy pintoresco. Y hablando de pintoresquismos: mañana habrá una gran fiesta en Venecia. Estoy seguro de que le gustará.

—¿Qué fiesta es esa?

—La del Salvador. Es tradicional aquí… La gente se lanza a los canales, navegan todos hacia el Gran Canal, y allá, asisten al gran castillo de fuegos artificiales que son disparados en La Laguna. Usted ya debe saber que La Laguna está comprendida entre el Canal de San Marco y la parte interior del islote Lido… He visto ese espectáculo bastantes veces, y siempre estoy deseando que llegue la fiesta del Salvador. El cielo parece convertirse en un mundo de extraña belleza de todos los colores, formando los más caprichosos dibujos… ¿Le gustaría verlo, mañana?

—Desde luego. Pero mañana aún no ha llegado —murmuró la espía—. Deberíamos pensar en hoy.

—Eso es muy acertado —sonrió débilmente Mendicoli—. Suelo acudir casi diariamente a Lido, en esta época. Nado un poco, tomo el sol, almuerzo en cualquier pizzería de la playa, duermo la siesta bajo un parasol… Luego, navego por los canales, contempló Venecia, en solitario, y, en ocasiones, suelo sentirme bastante mejor.

—Vive usted muy dulcemente en Venecia, al parecer —sonrió Brigitte.

—En lo que cabe, sí. ¿Compartiría usted un día así conmigo?

La agente Baby se quedó mirando amablemente a aquel apuesto hombre de cuarenta y cinco años, con canas en las sienes, unas profundas arrugas en la frente, un duro surco a los lados de la boca. Casi resultaba impresionante, con aquella mueca dura, sus oscuros ojos como mirando hacia dentro… ¿Realmente podía ser aquel rudo y noble aspecto el que correspondía a un traidor a la patria y a los compañeros de luchas?

—Estaré encantada, Marco —murmuró.

* * *

Y estuvo encantada, efectivamente. Después de un delicioso día de playa, se dedicaron a recorrer Venecia por la tarde, en la lancha un tanto descascarillada de Mendicoli. En Lido habían almorzado mariscos con polenta y el popular *risi e bisi*, una sopa de arroz con guisantes que complació extraordinariamente a Brigitte.

A media tarde estaban navegando por el Gran Canal, y Marco Mendicoli le fue contando interesantes historias sobre los *palazzi*, de los cuales los más importantes eran los de Pesaro, Grimani, Vendzamin-Calergi,

Ca'd'Oro…

Estuvieron dando una vuelta por los variados comercios del puente de Shylock, debajo del celebérrimo Rialto. Visitaron brevemente la Scuola di San Rocco, donde Brigitte quedó fascinada ante las obras del gran Tintoretto. Pero especialmente, la basílica de San Marcos maravilló a Brigitte, que quedó atónita ante sus tesoros.

Mendicoli había señalado unas fabulosas piezas de auténtica porcelana china, sonriendo.

—Un recuerdo de Marco Polo —informó—. Sabía algo de Marco Polo, naturalmente, pero no he profundizado en su biografía.

—Hay muchas discrepancias sobre ella, de lodos modos —encogió los hombros Mendicoli—. No olvidemos que vivió entre los años 1254 y 1324… Lo llamaron Messer Milioni, igual que a su padre, porque siempre, cuando regresaban de sus viajes, hablaban de fabulosas riquezas. Por eso, Marco Polo tituló Il Milioni a su más famoso libro. ¿Sabía usted que cuando Marco Polo estuvo en Asia fue nombrado gobernador de Kiang-Nang por sus amigos que hizo allá? En cambio, los genoveses eran enemigos suyos, y consiguieron

capturarle en una ocasión, manteniéndolo encerrado durante dos años. Sólo que mi admirado Marco, no perdió el tiempo ni siquiera entonces, y escribió otro libro: Libro de las Maravillas del Mundo…

—Eso sí lo sabía —sonrió Brigitte.

—Por la noche cenaron en Al Graspo de Ua, un atractivo local muy típico, cerca del Rialto. Finalmente, fueron a pasar un rato al mejor club de Venecia, el Antico Martini… Para entonces, parecía que el mundo y la vida fuesen solamente Venecia, sus canales, un hombre y una mujer.

Para regresar al hotel de Brigitte, Mendicoli prescindió del motor, prefiriendo utilizar el largo remo, a estilo gondolero, los dos riendo. Y aún rieron más cuando fue Brigitte la que tomó el mando de la lancha, y, mientras movía como mejor podía el único remo colocado a popa, imitaba los gritos de los gondoleros pidiendo paso o advirtiendo de que allí estaban.

—¡Oé! ¡Oé! ¡Oé…!

Cuando la lancha se detuvo al fin en el embarcadero de pintados postes del «Gritti Palace», los dos quedaron silenciosos, contemplando las aguas, las luces de las góndolas que pasaban… Eran más de las dos de la madrugada.

—Bien —murmuró al fin Mendicoli—. Cualquier turista consideraría este día como agotador.

—Pero maravilloso —sonrió Brigitte—. Ha sido un excelente guía y un delicioso compañero. Marco. Y ni siquiera hemos tenido una pizquita así de mala suerte.

Se quedaron mirándose, sonrientes. De pronto, Mendicoli quedó muy serio. Puso una mano en un hombro de Brigitte y la atrajo hacia él, lentamente. Quizá esperaba una cierta resistencia, pues su gesto era un tanto tímido, vacilante… Pero Brigitte Montfort cerró los ojos y le ofreció los labios con toda sencillez y naturalidad. Marco Mendicoli los besó y fue como si un viento fresco y dulce penetrara en todo su cuerpo, estremeciéndose. Cuando de nuevo se miraron a los ojos, ella sonrió, murmurando:

—Buenas noches, Marco.

—Buenas noches, Brigitte.

Ya en su *suite*, la agente Baby se duchó, se puso uno de sus diminutos y transparentes *baby-doll* y se quedó mirando el cuadro de Mendicoli, que uno de los botones había subido. Encendió un

cigarrillo, pensativa, hasta que por fin, decidió llamar por la radio de bolsillo.

—¿Sí? —Oyó la voz de Simón.

—Soy Baby, Simón. ¿Todo bien?

—Todo bien por aquí. Mañana, al anochecer, llegará un helicóptero al pequeño aeropuerto de Via Selva. Está en…

—En Lido, ya lo sé. ¿Cómo están nuestros compañeros?

—Muy bien. Podrán marcharse los dos, desde luego. Tenemos lista la lancha, y en cuanto oscurezca trasladaremos a ella al que está herido en la espalda. De allí, iremos a Lido, utilizaremos el Canal de San Nicolás para llegar lo más cerca posible del aeropuerto y el helicóptero nos recogerá entonces… Es decir, recogerá a los dos heridos.

—Magnífico. ¿Alguna noticia del señor Europa?

—Sí. Sabemos dónde están los rusos, gracias a la vigilancia que estamos ejerciendo sobre los otros agentes que suponemos trabajan para China. Parece que hay tres en la casa hasta la cual siguió usted al que quería seguirla. Se van turnando vigilando a los rusos.

—Entiendo… Están esperando que nos pongamos en contacto con ellos, como la otra vez, para intentar de nuevo matarnos a todos y conseguir los microfilms.

—No les será grato enfrentarse a Baby en esta ocasión, me parece —rió Simón—. ¿Qué ha estado haciendo durante el día de hoy, Baby?

—Llevar una vida romántica —sonrió la divina—. Buenas noches, Simón.

Cerró la radio, encendió otro cigarrillo y durante quince minutos, con las luces apagadas, estuvo pensativa, inmóvil. Por fin, recurrió al aparato receptor del micrófono que había colocado en el piso de Marco Mendicoli… Inmediatamente, la música de un violín brotó del receptor. Brigitte cerró los ojos y su imaginación voló hacia aquel modesto piso, donde un hombre que llevaba quince años viviendo solo estaba dando rienda suelta a su melancolía.

Un hombre extraño. Un espía extraño. Un traidor extraño…

Capítulo IX

A la mañana siguiente, tercer domingo de julio, Marco Mendicoli apareció en la terraza del «Gritti Palace», de acuerdo a lo convenido, a la hora del aperitivo. Se sentó ante Brigitte, puso una mano sobre una de ella y sonrió.

—¿Has descansado bien?

—Estupendamente —sonrió también la espía—. ¿Y tú?

—No demasiado.

—¡Oh…! ¿De nuevo has estado pensando en mí?

—En efecto.

—Eres muy gentil, Marco. Dime: ¿qué programa has preparado para hoy?

—Uno muy sencillo y que espero apruebes. Ayer fue un día demasiado intenso, y creo que será mejor tomarnos las cosas con más calma hoy. Además, es domingo, y todo estará lleno de gente: la playa, los canales, la Plaza de San Marcos, los cafés…

—Los domingos son un fastidio —sonrió Brigitte—. Dime de una vez qué se te ha ocurrido.

—Podemos ir a Torcello. Es una isla a la que suelen ir muchos turistas, e incluso los venecianos. Pero, para evitar aglomeraciones y la ruidosa presencia ajena, allí solamente compraremos algo para comer. Entonces, nos vamos por entre las islitas, navegando plácidamente. Hay cientos, quizá miles de islitas por detrás de Torcello y Burano. En cualquier diminuta playa podemos tomar el sol, nadar, almorzar, dormir la siesta… Solos, con el mar y el sol. Al atardecer, volveremos a Venecia…, y estás invitada a cenar en mi piso. Yo mismo prepararé la cena. ¿Qué te parece?

—Maravilloso y divertido —rió Brigitte—. ¡Acepto!

* * *

Hacia las cinco de la tarde, Marco Mendicoli volvió la cabeza, contempló a Brigitte tendida en la arena de la diminuta playa en una pequeñísima isla, y sonrió.

—Creo que deberíamos volver —musitó.

—Marco…

—¿Sí?

—Estaba pensando en ti…

—¿Crees que vale la pena? —sonrió él.

—Según como se mire —sonrió también ella—. Eres un hombre extraño.

—¿Extraño?

—Me gustaría que me contases la verdad de tu vida. Sé que hay algo quizá dramático en ella. Y me pregunto si te parezco tan necia que sólo sirvo para divertirme, tomar el sol, comer…

—Sé muy bien que no eres ninguna necia —musitó él—. Todo lo que me estás dando es de buena ley, no de baja estofa. Para mí, hoy, vales más que nada ni nadie en el mundo, Brigitte.

—¿Me estás diciendo que me amas?

—Sí.

—Yo…

—¡No! No me lo digas… No me digas nada. No quiero saber si tú también me amas o no. Yo debería creer que sí, lo sé, pero no quiero palabras. Es suficiente este día entre las islas, bajo el sol, rodeados de mar verde y azul… No quiero palabras, Brigitte. A menos que puedas empezar asegurándome que siempre te quedarás a mi lado.

—Lo lamento —susurró ella—. No puedo decirte eso, Marco. Mentiría si lo hiciera.

—Entonces, ¿para qué pronunciar palabras?

—¿No quieres decirme la verdad sobre ti, entonces?

Mendicoli estuvo unos segundos contemplando las pequeñas olas que rompían dulcemente cerca de los pies de ambos.

—¿Puedes esperar a mañana? —preguntó de pronto.

—Claro.

—Entonces, mañana te diré la verdad sobre mi vida. Y ahora, debemos irnos: se está haciendo tarde.

—¿Qué prisa tenemos?

—Ninguna especial, salvo que si esperamos demasiado nos

encontraremos con los canales llenos de embarcaciones regresando a Venecia. Ahora navegaremos más tranquilos.

—Está bien. ¿Te importaría llevarme al hotel?

—Pero quedamos en que vendrías a mi piso…

Sí, sí… Sólo quiero ducharme y cambiarme de ropa. Puedes esperarme en el embarcadero del mismo hotel. Soy muy rápida en arreglarme, te lo aseguro.

—De acuerdo. Te esperaré, así no tendrás que ir tú sola hasta mi piso…

* * *

—Pasa… Ya conoces el camino.

Brigitte entró en el piso de Marco Mendicoli y fue directa al saloncito, cuya ventana llena de flores daba al canal. Llevaba ahora un vestido corto, azul oscuro, muy escotado. Y en su mano izquierda, el gracioso maletín rojo con florecillas azules, que dejó sobre un sillón. Miró a su alrededor graciosamente y se volvió hacia Mendicoli, que la contemplaba desde la puerta.

—Hay algo de encantador en tu piso, Marco… ¿Qué vas a ofrecerme para cenar?

—Nada demasiado complicado… ¿Qué te parecen unos *fettuccine*, un poco de *antipasto* y… *fritto misto*?

—De acuerdo —rió ella—. Pero no me pongas muchos fettuccine: ya sabes que la pasta engorda, mio caro.

—Lo tendré en cuenta —sonrió él—, pocos fideos…, que además llevan mantequilla.

—¡Qué horror!

Se echaron los dos a reír. Brigitte vio el violín, se acercó a él, lo tomó, y se volvió hacia Mendicoli.

—¿Crees que yo podría tocar algo?

—Por lo menos, deberías intentarlo. Respecto al vino, ¿cuál te parece que satisfaría tu paladar?

—Chianti, desde luego.

—Menos mal… ¡no tengo otro! —rieron los dos, y Mendicoli acabó—: Aunque no puedo ofrecerte Villa Antinori, precisamente. Es de una reserva difícil de conseguir.

—Cualquier cosa estará bien. Pero antes, dime qué opinas de mi

arte genial para tocar el violín.

Se lo colocó adecuadamente, blandió el arco, y, para asombro de Marco Mendicoli, emitió las nítidas notas de unas *czardas*.

—Fantástico —exclamó él.

—Pues es casi todo lo que sé.

De nuevo rieron los dos. Brigitte se dejó caer en el sillón donde había dejado el maletín, colocando éste a un lado, contra una de sus piernas.

—Estoy pensando en esos fuegos artificiales de esta noche, ¿iremos a verlos, Marco?

—Si tú quieres, desde luego. Y, francamente, no deberías perdértelos.

—¿Aunque ello significara abandonar los dos tu piso?

—Bien… Hay tiempo para todo en la vida.

—Si se viven muchos años, sí —murmuró Brigitte—. ¿Me perdonas un momento? Quisiera ir al baño para arreglarme un poco el cabello… ¿Podrás prescindir de mi presencia un par de minutos?

—Lo intentaré —sonrió Mendicoli.

Brigitte se puso en pie, llevando ya en una manita el maletín. Fue al baño, se encerró dentro, abrió el maletín y sacó la radio camuflada en el paquete de cigarrillos. Radio que había notado vibrar antes en su mano, en silencio, al ponerla sobre el maletín.

—¿Sí? —musitó, admitiendo la llamada.

—Baby, soy Simón… Hay novedades y no precisamente buenas: hemos encontrado un micrófono.

—¿Un micrófono? ¿Dónde?

—¡Aquí, en la casa donde están los dos heridos! ¡Estaba escondido en…!

—¡No me importa dónde estuviese escondido! Por el amor de Dios, Simón, ¿es eso posible? ¿Cómo no revisaron bien todo, especialmente después de haber caído en una encerrona?

—Lo siento… ¡Lo siento de veras! Pero estaba tan bien escondido… Si ese micrófono está al servicio de los agentes chinos, o siquiera de los rusos…

—No… No, Simón. Cálmese.

—Pero…

—Escuche: los rusos no saben dónde están ustedes. Por tanto, no han podido poner ellos el micrófono. En cuanto a los agentes chinos

que están vigilando a los rusos, ya habrían pasado a la acción si supieran dónde encontrarles a ustedes… Si ellos hubiesen puesto el micrófono, sabrían dónde están, ¿no es cierto? Y puesto que no satén dónde están, no han podido colocar el micrófono. Tampoco han podido hacerlo los rusos, ateniéndonos a la misma lógica.

—Entonces…, ¿quién ha sido?

—Jeff Conrad.

—¿Cree que él sabe dónde estamos? —exclamó Simón.

—Seguramente. Por eso, pudo seguir a Simón y Simón cuando fueron a Lido a encontrarse con los rusos y estar en el café «Terrazza dei Sole». Sabía dónde estaban ustedes, y a buen seguro que también sabe dónde están esos hombres que trabajan para el servicio chino. Lo sabe todo. Todo.

—Pero no comprendo… ¿Qué está esperando? ¿Qué es lo que pretende? Es evidente que no trabaja para nosotros, ni para los rusos. Y puesto que no notifica a los agentes chinos dónde estamos nosotros, también es evidente que no trabaja para China… ¡No lo comprendo! ¿Qué pretende Conrad? ¿Para quién está trabajando…?

—Tranquilícese. Yo me ocuparé de eso. ¿Cómo va todo lo demás? ¿Sigue bien?

—Sí… Habíamos pensado salir muy pronto hacia el aeropuerto, pero al descubrir el micrófono temíamos una trampa…

—No, no, no… No hay trampa en eso, Simón. A la hora acordada, vayan al aeropuerto y que los heridos sean evacuados. Eso es todo.

—¿Qué va a pasar con Jefferson Conrad?

—Yo me ocuparé de él. Usted haga su parte.

¿Siguen en sus escondrijos los rusos, vigilados por los agentes chinos que se turnan?

—Sí… Están todos agazapados, esperando, esperando…

—Pronto llamaremos a los rusos para el intercambio de los microfilms y habrá movimiento sobrado. Haga su trabajo, Simón. Adiós.

Cerró la radio, se retocó un poco los cabellos y, para justificar aún más su permanencia en el baño, se dio un toque de carmín en los labios.

Salió del cuarto de baño, dio un paso…

Notó tras ella le presencia humana. Una presencia que sólo

podía ser la de Marco Mendicoli. La avisó su instinto, su intuición y quiso volverse rápidamente, desviarse hacia un lado… Lo consiguió a medias.

Cuando apenas pudo ver a Mendicoli, la mano derecha de éste, tensa, crispada, cayó en un lado de la base del cuello, en un golpe medido, pulcro, perfecto, de *jiu-jitsu*.

Y Baby Montfort se desplomó a los pies de Jeff Conrad, sin un solo gemido, como fulminada.

Capítulo X

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue a Marco Mendicoli, precisamente.

Estaba de espaldas a ella, junto a una vieja cómoda de madera oscura. Se había puesto unos pantalones oscuros, un jersey también oscuro y llevaba en la axila izquierda una funda… Quizá debió oírla, porque se volvió de pronto hacia ella.

Pero cuando la miró, Brigitte había cerrado de nuevo los ojos y parecía seguir durmiendo bajo los efectos del golpe. Por entre los párpados entornados vio a Mendicoli, con una pistola con silenciador en las manos y un cargador, que acabó de encajar por la base de la culata. Se metió la pistola en la funda y estuvo mirándola fijamente, sin que en su rostro apareciese expresión alguna. Sobre la cómoda de oscura madera, Brigitte vio su maletín y comprendió que Mendicoli debía haberlo registrado a conciencia…

¿Desde cuándo debía saber Mendicoli que ella era la agente Baby? Probablemente, desde la misma noche en que la había rescatado de las aguas del canal, cuando ella se tiró a propósito para efectuar el contacto, para ser recogida por él… Sí, probablemente, desde que aquella misma noche ella se reunió con Europa en la casa donde estaban los dos Simones heridos. Pero, todavía peor, podía saberlo desde que ella fue por la tarde a visitar a los Simones… ¿Desde cuándo tenía Jeff Conrad instalado el micrófono en la casa que era base de operaciones de los agentes de la CIA en Venecia? ¿Desde cuándo? ¿Qué pretendía?

Comprendió de pronto que Marco Mendicoli había sabido la verdad sobre ella desde la misma tarde en que fue a ver a los Simones heridos. Es decir, que cuando la recogió en el canal y oyó su voz, supo inmediatamente que ella era la agente Baby… Buena jugada. Magnífica jugada, por la que Jeff Conrad o Marco Mendicoli merecía toda su admiración. Había estado jugando ni más ni menos

que con Baby, la superespía internacional. La había llevado allí, a su piso, le había tendido una trampa, la tenía ahora bajo la línea de tiro de la pistola que acababa de enfundar… En un segundo, mientras ella tendría el tiempo justo de moverse, él podía sacar la pistola y matarla mucho antes de que hubiese llegado hasta el maletín en busca de su pistolita, o que hubiese podido atacarlo directamente.

De pronto, Mendicoli sonrió, y comenzó a acercarse a ella. Brigitte continuó respirando normalmente, como si aún durmiera. Mendicoli se detuvo a tres pasos de ella, de modo que no podía verle el rostro, pues el suyo caía hacia el pecho, dada la postura en que había sido colocada por él en el sillón… Las piernas de Mendicoli se desplazaron; oyó un roce de algo y luego volvió a ver las piernas de él, junto a las cuales colgaba un cordón de cortina. La iba a atar.

Esperó que estuviese ante ella. Vio sus manos sosteniendo el cordón, acercándose. Él se inclinó…

Brigitte se incorporó de pronto y mientras Mendicoli respingaba sobresaltado, la manita derecha de la espía partió hacia su garganta en uno de los más feroces atemis del judo, frecuentemente mortales.

Fue un golpe certero, impecable. Ojo por ojo, diente por diente.

El respingo de Mendicoli se convirtió en un ronco gemido cuando aquella manita dio en su garganta. Se enderezó, pareció que fuese a caer hacia atrás y acabó cayendo de rodillas ante la más peligrosa espía del mundo.

¡Crack!

Ahora fue un golpe de karate lo que recibió Mendicoli, en la cabeza. Un golpe que no tenía gran cosa que envidiar a la potencia del suyo. Puso los ojos en blanco, abrió la boca angustiosamente y se desplomó, quedando de bruces, inmóvil.

Donde las dan, las toman.

Lo primero que hizo Brigitte fue quitarle la pistola. Luego, se quedó mirándolo hoscamente. Pensó en reanimarlo en el acto, para hacerle unas cuantas preguntas, pero antes decidió dar una vuelta por el piso… Quería encontrar el receptor del micrófono y quizá hasta encontrase otras cosas interesantes.

Y así fue. No tuvo que buscar mucho, en realidad, pues todo estaba en la cómoda de madera oscura. Después de un vistazo

general por el piso sin encontrar nada interesante quedó ante la cómoda, pensando que, por la actitud de Mendicoli ante el mueble, debía haber sacado la pistola de allí. Y si tenía allí escondida la pistola, podía tener otras cosas. Comprendió que no se había equivocado cuando al tirar de uno de los cajones, no se abrió. Estaba cerrado con llave.

Sonriendo secamente, Brigitte utilizó una de sus ganzúas y el cajón se abrió al instante. Lo primero que vio fue precisamente el receptor del micrófono, que disponía, naturalmente, de un mecanismo de grabación. Hizo retroceder la cinta, y luego lo puso en marcha.

—Enseguida, oyó su propia voz:

> —*«¿Por quién brindamos? ¿Por los espías?».*
>
> —*«Por Baby»* —se oyó a los tres Simones a la vez.
>
> —*«Cin-chin…».*

Realmente, no tenía necesidad de oír nada más. Detuvo el receptor-grabador y alzó aquella pequeña caja metálica, alargada, rectangular. Parecía herméticamente cerrada… Tan herméticamente, que le llevó casi cinco minutos encontrar el mecanismo que la abría. Uno de los lados pequeños se abrió, dejando al descubierto una especie de pequeño cajón metálico. Tiró de él como si se tratase del cajón de un archivo…

Y eso es lo que era: un archivo.

Había pequeñas fotografías, muy bien ordenadas, separadas por placas de cartón, en cuya parte superior se explicaba lo que había detrás. En uno de los cartones ponía: CIA En otro, MVD, en otro Deuxiéme Bureau, en otro MI5, en otro SS China, en otro *Inteligenza*… Y detrás de cada placa, un grupo de fotografías de rostros de hombres y hasta tres mujeres. En el reverso de las fotografías, sus nombres. Había de todos los países de Europa, prácticamente, hasta un total de quizá doscientas fotografías. Algunas de ellas habían sido tachadas con una gran X en rojo, que iba de esquina a esquina… Los fallecidos, naturalmente.

No se sorprendió lo más mínimo al ver las fotografías de los tres Simones en aquel archivo. También estaba la del hombre que había intentado seguirla a ella. Y la del ruso Iván, cuyo apellido, al

parecer, era Zekov. Y la del otro ruso que había acudido a la cita en la playa noches atrás, que se llamaba Fedor Barlan…

—Admirable —susurró Baby—. Pero, ¿qué te propones, querido Marco? ¿Para quién estás trabajando?

Permaneció unos segundos pensativa. Luego, colocó en el suelo seis de aquellas fotografías, juntas en filas de tres y las microfotografió a la vez con su encendedor; les dio la vuelta y fotografió también los nombres. Así, de seis en seis, en silencio, fue fotografiando todas las fotografías. Solamente ella oía el suavísimo «clic» de su encendedor al ser disparada la cámara oculta… Cuando terminó fue a la cocina y quemó las fotografías del archivo de Marco Mendicoli. Quitó y destruyó la cinta magnetofónica del receptor y estropeó irremediablemente éste.

Un gemido muy leve de Mendicoli la hizo volver la cabeza, vivamente. Se acercó a él, y cuando Mendicoli apoyó las manos en el suelo y comenzó a incorporarse, la espía sonrió secamente y le aplicó un golpe en la nuca, que de nuevo llevó a Mendicoli al mundo de los sueños.

Se arrodilló entonces a su lado, tomó el cordón de la Cortina y comenzó a atarle las manos a la espalda. Cuando terminó, lo sentó en un sillón y se quedó mirándolo críticamente. Tenía que atarlo más y mejor, pues no quería sorpresas. Mendicoli era muy fuerte y el cordón de unas cortinas podía ser muy poca cosa para sus músculos.

Abrió su maletín, dispuesta a sacar uno de sus finos alambres…, y notó la vibración en la pequeña radio camuflada.

La sacó inmediatamente.

—¿Sí? —susurró.

—Baby, soy Europa… Algo está pasando, los tipos que suponemos agentes chinos están rondando los tres la casa donde están los rusos. Acaban de advertírmelo.

—Bien… ¿Cuántos muchachos tenemos allá?

—Solamente dos, en plan de vigilancia. Y el que estaba vigilando a los agentes chinos, que se ha reunido con esos dos. Tres, en total. Pero puedo ordenar que todos nuestros hombres disponibles…

—No, no. No… Espere. Puede ser una trampa, Europa. Quizá es eso precisamente lo que quieren los agentes chinos. Es muy posible

que se hayan impacientado y que quieran provocar el contacto sea como sea…

—Tres hombres no podrán gran cosa contra nosotros.

—¿Se las da usted de listo? —refunfuñó Brigitte—. También nosotros tenemos ahí solamente tres hombres y en un momento podemos reunir una docena. Si los agentes chinos quieren precipitar las cosas, habrán tomado todas las precauciones, habrán formado un cepo mucho mejor que la vez anterior. Que nadie haga nada.

—Es muy posible que tenga razón, Baby. Sin embargo…

—Sin embargo, usted no va a discutir mis disposiciones, Europa. He dicho que nadie hará nada y así va a ser. ¿Dónde están exactamente los rusos?

—En la Giudecca… El antiguo islote habitado casi exclusivamente por judíos. Si no conoce usted Venecia no llegará allá, si es eso lo que pretende.

—Tengo un mapa.

—Sé la clase de mapa que puede tener usted, más o menos bueno para turistas. Esa calle no figurará en él. ¿Piensa ir allá?

—Por supuesto.

—¿Dónde está usted ahora?

—Detrás de Ca'Foscari.

—Bien… Vaya cruzando canales hasta salir al Canale della Giudecca. Luego, diríjase a Río Lungo, que está en un extremo de Fondamenta Ponte Piccolo… Eso sí estará en su mapa de Venecia… Yo me reuniré allí con usted, e iremos a donde están nuestros hombres vigilando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Salga ahora mismo hacia ahí. Es todo.

Cerró la radio, la tiró dentro del maletín, asió éste y se quedó mirando a Marco Mendicoli… Ciertamente, jamás tendría una ocasión tan buena para matarlo. Pero no podía hacer eso sin saber la verdad de los propósitos del traidor Jeff Conrad. Llevarlo en la lancha con ella era descabellado…

—Volveré —dijo como si él pudiera oírla—. Y será mejor que estés todavía aquí, Marco, o yo me encargaré de que te cacen como a una rata por todos los canales de Venecia.

Consiguió un papel, escribió algo en él, y lo dejó en el brazo del sillón, donde estaba Mendicoli. En el papel ponía:

«Elige. Pero elige bien, Jefferson Conrad: o espérame aquí si tienes una buena explicación que dar a la CIA, o prepárate a vivir los más amargos días de tu vida hasta que yo te encuentre y te mate. Firmado:

Baby»

Salió del piso, bajó a la calle y saltó a la lancha de Mendicoli, alejándose a toda la velocidad que permitían los canales.

Capítulo XI

Europa le salió al encuentro en otra lancha, la precedió, y, finalmente, ambos se detuvieron en un canal oscuro, casi solitario. El jefe de los agentes de la CIA en Europa pasó entonces a la lancha que ocupaba Baby.

—¿Sabe la última noticia? —exclamó.

—¿A qué se refiere?

—Los agentes chinos han entrado en la casa donde están los rusos.

—¿Cuándo ha sido eso? —exclamó Brigitte.

—Mientras usted venía hacia aquí, evidentemente. La hemos estado llamando por la radio, pero no ha contestado.

—Con el ruido del motor de la lancha no podía oír la llamada… Y no esperaba que las cosas fuesen tan de prisa. ¿Tiene idea de lo que ha podido, ocurrir en esa casa?

—Usted ordenó que nadie hiciese nada, ¿no es así? —Gruñó desabridamente Europa—. ¿Cómo quiere que ahora sepamos lo que ha podido pasar?

—Está bien… Indíqueme cuál es la casa y yo misma iré a ver qué ha pasado allí dentro.

—¿Usted irá? —Respingó Europa—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que yo entraré en la casa. No compliquemos la situación, Europa. Llame a los muchachos por la radio y dígales que se mantengan muy discretamente alejados de la casa.

—De acuerdo. Si usted quiere meterse sola en el cepo, es cosa suya. Pero al menos, déjeme decirle algo, Baby.

—Adelante. ¿Qué es ello?

—Podemos llamar a más hombres, rodear esa casa, entrar en ella y cazar tanto a los rusos como a los agentes chinos. A eso le llamaría yo dominar toda la situación. Y una vez dominada toda la situación, se puede hacer lo que a uno le venga en gana. ¿Sí o no?

—Sí. Usted tiene razón. Pero hay trampas muy peculiares, Europa… Es decir, casi todas las trampas funcionan igual: resulta fácil entrar en ellas y muy difícil, por no decir imposible, salir. No quiero que ni uno solo más de mis chicos caiga en una trampa posible.

—¿Prefiere caer sola? Porque si sus sospechas son ciertas y hay más agentes chinos esperando nuestra posible aparición, usted se va a encontrar en un buen lío, querida.

Brigitte sonrió secamente.

—A una víbora venenosa no se puede decir que se la ha cazado hasta que le hemos cortado la cabeza. Mientras esté viva, aunque esté dentro del cesto, no se puede decir que esté dominada.

—¿Y usted es la víbora?

—Bueno… Cuando menos, digamos que puedo ser muy venenosa. No recomiendo a nadie que me meta en una cesta. Llame a los muchachos, que permanezcan bien ocultos y que no hagan nada salvo que reciban órdenes mías.

—Allá usted. Yo la he advertido.

Europa se dedicó a dar las instrucciones necesarias por la radio de bolsillo, con Brigitte junto a él. Del maletín sacó una bolsa de plástico, que sirvió precisamente para meter dentro el maletín. La pistolita, también envuelta en plástico.

—Veamos cuál es esa casa —murmuró.

Se acercaron hasta que Europa distinguió la casa, entre otras y la señaló, en silencio. Atrás habían dejado gran agitación, pues todo el mundo se había lanzado al canal, en toda clase de embarcaciones, dispuestos a ver los fuegos artificiales de la fiesta del Salvador… En aquella parte, había mucha tranquilidad y apenas se oía el rumor de las aguas contra los cauces de los canales.

Brigitte se disponía a descolgarse hasta el agua cuando se oyó el suave «bip-bip-bip-bip» de una llamada por radio. La espía miró inmediatamente hacia el pecho de Europa, que sacó una radio del bolsillo interior.

—Es la radio que nos comunica con los rusos —musitó—. Si nos llaman es porque quizá han dominado a los agentes chinos…

—Conteste a la llamada. Será el mejor modo de salir de dudas.

Europa apretó el botoncito de admisión.

—CIA a la escucha —murmuró, en ruso.

—Habla MVD —se oyó la voz de Iván—. Estamos esperando el contacto con Baby para el canje de microfilms. Ya han pasado dos días y no queremos perder más tiempo.

—Baby no está conmigo —dijo Europa—. Tendré que consultarle su petición.

—Hágalo. Adviértale que no estamos dispuestos a esperar un solo día más. Eso es todo. Espero respuesta lo más pronto posible.

—La tendrá.

Europa cerró la radio y se quedó mirando a Brigitte, que aparecía muy pensativa. De pronto, preguntó:

—¿Han sido evacuados nuestros dos heridos ya?

—Sí.

—¡Bien! En ese caso, llame a los rusos dentro de quince minutos y dígales que estoy de acuerdo. Que Iván me espere, a las doce, en el mismo sitio de la vez anterior. Que lleve el microfilm y que yo llevaré el nuestro.

—¿Lo tiene aquí?

—En el maletín.

—Bien… De todos modos, esta cita resulta algo problemática, ¿no cree?

—Estoy convencida de ello. Pero quiero que los agentes chinos estén tranquilos.

—Entiendo.

—¿De veras? —sonrió Brigitte.

—Desde luego. Usted cree que los agentes chinos han dominado a los rusos y que les han obligado a hacer esa llamada, para quitarle el microfilm a usted cuando acuda a la cita. Mientras tanto, ellos habrán matado a los rusos ya y tendrán el microfilm de ellos. Por eso han decidido actuar sin perder más tiempo, para liquidar de una vez a los rusos y asegurarse de que el enviado de la CIA acudirá con el otro microfilm a la cita… a la que acudirán ellos, no un ruso.

—Magnífico. Para serle sincera, empezaba a dudar que usted mereciese la jefatura en Europa. Celebro haberme equivocado. Ya nos veremos.

—Buena suerte —musitó Europa.

Por fin, Baby se descolgó al agua y comenzó a nadar, alejándose de la lancha. Casi enseguida, Europa la vio desaparecer bajo las negras y pringosas aguas y movió la cabeza pesarosamente.

—Algún día ese afán por preservar la vida a sus muchachos le va costar la suya, jovencita. Pero ojalá que eso tarde mucho…, aunque no simpaticemos demasiado, precisamente.

Mientras tanto, Brigitte continuaba nadando hacia la casa en cuestión. Tardó muy poco en llegar a ella. Estaba situada en el borde mismo del canal, con una especie de puentecillo que la unía con la estrecha acera del otro lado… Una góndola apareció de pronto y la espía tuvo que tomar aire y sumergirse… Cuando regresó a la superficie, la góndola se alejaba, tras haber pasado prácticamente sobre ella.

Decidió rodear la casa, en busca de un lugar por el cual poder escalar la fachada. Cuando lo encontró, permaneció todavía unos minutos esperando, atento el oído, mirando a su alrededor… Todo estaba tan tranquilo que precisamente eso la inquietó.

Sin embargo, su indecisión duró muy poco. Metió los deditos entre las junturas de las piedras, tras pasarse el asa del maletín enfundado en plástico por una muñeca, e inició la ascensión, hacia la ventana abierta que daba a aquella parte del canal. Con el silencio y la agilidad de una gata, llegó a la ventana, se izó con un solo movimiento hasta el alféizar y al instante siguiente había caído dentro de aquella estancia. Lo único que se oía era el gotear en el suelo del agua que resbalaba por su cuerpo.

Quitó la envoltura de plástico al maletín, hizo lo mismo con la pistola y la empuñó, con la derecha, sosteniendo el maletín con la izquierda. Abrió la puerta de aquella habitación y se encontró en un pasillo.

Salió, y casi enseguida se pegó a la pared, volviendo velozmente los ojos hacia el vestíbulo de la casa, desde donde habían llegado voces… No. No era desde el vestíbulo, sino desde uno de los cuartos cuya puerta daba allí.

Vio la luz, se acercó más y se quedó mirando aquella puerta, entreabierta. De nuevo oyó aquella voz, pero no pudo entender lo que expresaba. Hablaban en un idioma desconocido para ella… Es decir, desconocido para hablarlo y comprenderlo, mas no para saber qué idioma era: albanés. Había por lo menos dos hombres hablando en albanés en aquel cuarto. Pero faltaba otro… Tenían que ser por lo menos tres albaneses. Tres albaneses que estaban trabajando para el servicio secreto chino. Todo empezaba a cobrar

auténtico sentido: los rusos, los americanos y, como fondo, los albaneses, amigos de China comunista, que se habían enterado de aquel intercambio de microfilms que contenía datos sobre agentes chinos en Estados Unidos y Rusia y querían impedir que los microfilms llegaran a sus respectivos destinos.

Todo tenía ya su exacto sentido… Excepto la intervención de Marco Mendicoli, que, al parecer, no estaba de parte de nadie, pero que, evidentemente, participaba en el asunto.

Dio un paso hacia delante, luego otro… Sigilosamente, con la mirada fija en aquella puerta, fue caminando hacia allí…, hasta que uno de sus pies tropezó con algo. Algo blando y duro a la vez. Algo que se movió sin ruido, como una masa extraña…

Se acuclilló. Y al resplandor de la luz que salía de aquel cuarto vio el rostro del hombre que había intentado seguirla dos noches antes. Un rostro tenso, crispado. Los ojos estaban desorbitadamente abiertos, y había un hilillo de sangre en un lado de la boca.

Vio otro cuerpo, muy cerca, y se deslizó hacia allí, sin incorporarse. Era el cadáver de un hombre alto, recio, de rostro duro, grande, basto. Sólo se le ocurrió pensar que era uno de los rusos, pero no de los que habían acudido noches atrás a la cita en Lido con dos agentes de la CIA Pero más allá vio todavía a otro hombre, casi pegado a una pared… Parecía que se había sentado por propia voluntad, cómodamente, pero los dos agujeros de bala que tenía en la frente la convencieron inexorablemente de que si se hallaba allí, en aquella posición y circunstancias, no era por propia voluntad.

Y a aquél sí lo identificó como a uno de los que habían ido a Lido noches atrás. Tanteó sus piernas, hasta encontrar el vendaje… Sí. Aquel era el ruso contra el que habían disparado Simón y Simón y que pareció a punto de caer, según la explicación que ellos le habían dado. El ruso herido…, que ahora estaba muerto.

Con toda probabilidad, sólo quedaba un ruso. Y tenía que ser el que había llamado por la radio a Europa, a no dudar, intimidado por los agentes chinos de nacionalidad albanesa… Si uno de éstos yacía muerto, significaba que sólo quedaban dos. Dos agentes chinos y, probablemente, un solo agente ruso.

Llegó a la puerta, miró por la rendija del marco en la parte de los goznes y se estremeció al ver a Iván.

Es decir, podía o no podía ser Iván. Cualquiera sabía. Si sumaba todos los factores que conocía, tenía que ser Iván. Si se guiaba por lo que veía, no podía asegurarlo de ninguna manera…, porque el rostro de aquel hombre resultaba prácticamente imposible de identificar.

Estaba lleno de sangre, manchado, torturado, deformado por los golpes. El hombre estaba atado con sábanas a una silla y tenía el torso al descubierto, mostrando estrías de sangre, desolladuras espantosas… Se mantenía erguido, pero le expresión de sus ojos era mortecina.

Delante de él había dos hombres, mirándolo inexpresivamente. Uno de ellos tenía una radio de bolsillo en la mano… Estaban esperando la llamada de Europa. Cuando Europa llamase, obligarían al ruso a contestar, a concertar la cita… Entonces, lo matarían y serían ellos los que acudirían a la cita.

Uno de los hombres volvió a decir algo en albanés y el otro asintió con la cabeza. Fue a un polvoriento aparador, cogió una botella que parecía vodka y se acercó al ruso, le alzó más la cabeza y le dio a beber el fuerte licor. Primero, el ruso pareció resistirse y el vodka se deslizó por su barbilla. Luego, pareció darse cuenta de que era vodka, ni más ni menos, lo que echaban en su boca y aceptó beber de muy buena gana. Sus ojos cobraron brillo, su cuerpo se enderezó, su pecho se hinchó en un suspiro.

La espía dejó el maletín en el suelo, lo abrió, sacó la áspera peluca rubia, que más bien parecía un estropajo y se la puso. Luego, se puso los lentes de sol. Su aspecto podía definirse entonces como absolutamente grotesco: con un espléndido cuerpo en bikini, la áspera cabellera y los lentes de sol en plena noche, quizá la palabra «grotesco» aún era pobre para definir su aspecto.

Pero así fue como la agente Baby intervino por fin en la situación.

Ataviada de aquella forma, apareció de pronto en la puerta, pistolita en mano, mostrando una dura sonrisa en sus labios.

—Hola, Iván —dijo, en ruso.

El soviético quedó estupefacto, desorbitados los ojos. Los otros dos hombres lanzaron una exclamación, se volvieron precipitadamente hacia ella, llevando las manos a sus armas.

Plop.

El albanés que tenía la radio en la mano lanzó un chillido, dio un increíble salto y cayó de cabeza al suelo, como si no tuviera bastante con la bala que se había clavado en su frente. El otro llegó a tocar la pistola.

Sólo eso: a tocarla.

Aún estaban sus dedos sobre la culata cuando se oyó otro suave «plop», y la bala entró por la boca del hombre, abierta en aquel gesto de espanto y de furia a la vez. La bala salió por la nuca, y pareció que arrastrase al sujeto, derribándolo como si hubiera tenido una soga al cuello que bruscamente se había puesto tensa. Quedó como un palo, de cara al techo, con la boca abierta.

Brigitte entró en el cuarto, se quedó delante de Iván y lo miró amablemente.

—He dicho «hola», Iván.

El ruso se pasó la lengua por los machacados labios, lenta, cuidadosamente.

—Hola —musitó, roncamente.

—Me dijeron que estaba tan impaciente por verme, que no quise hacerlo esperar más. Y aquí me tiene.

Iván Zekov sostuvo durante unos segundos la mirada de la espía más fabulosa de todos los tiempos. Por fin, inclinó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Ellos me obligaron a hablar por la radio, pidiendo la cita con usted…

—Ya supuse todo eso. En realidad, no necesitamos grandes explicaciones entre nosotros. Todo está clarísimo, todo resulta obvio. Y desde luego, no pienso culparle por haber aceptado que me tendieran una trampa. Al fin y al cabo, usted defendía su propia vida.

—De todos modos, me habrían matado —dijo el ruso—. Pero no podía soportar más el castigo. Llegaron aquí no sé cómo, mataron a mis compañeros, me cazaron vivo a mí… Eso era lo que se proponían, naturalmente. Me dijeron que tenía que ayudarles a tender una trampa a los de la CIA Me negué, pero cuando empezaron a desollarme…

—Ya le he dicho que no pienso culparle por eso. Quizá mi comportamiento habría sido el mismo en una situación así. A fin de cuentas, no tenía usted que guardar excesiva fidelidad a una agente de la CIA, ¿no le parece?

—Le repito que lo siento —refunfuñó el ruso—. Pero tuve que elegir entre mis ojos y la vida de usted.

—Hizo la elección adecuada. Bien, ¿tiene el microfilm?

—No.

—¿No? ¡Oh!, vamos, Iván… El microfilm tiene que tenerlo usted, tiene que estar en esta casa…

—Ellos lo tienen. Tuve que entregárselo.

—¡Ah…! ¿Cuál de ellos se lo quedó?

Iván Zekov señaló con la barbilla a uno de los agentes de China y Brigitte se acuclilló a su lado. Encontró pronto el microfilm, metido en una cápsula de plástico. Lo sacó, lo extendió y lo colocó luego en el visor especial de sus gemelos de teatro, que siempre llevaba en el maletín. No tenía la menor prisa. Parecía como si estuviera en una reunión entre amigos.

Una a una, las microfotos fueron pasando por el visor, ampliadas por los cristales, ante los atentos ojos azules. Por fin, la diminuta tira fue retirada, enrollada de nuevo y colocada en la cápsula de plástico.

—Parece que toda está en orden, Iván.

—Ya hemos insistido varias veces en que nosotros estábamos jugando limpio.

—Y yo celebro comprobarlo. Bueno, voy a quedarme con este microfilm de agentes chinos en Estados Unidos, Iván.

—Lo supongo.

—Y supongo que usted querrá el microfilm de agentes chinos en Rusia —sonrió Brigitte—. ¿O no?

—A decir verdad —sonrió también Iván Zekov—, me daría por satisfecho saliendo con vida de esto. Todo lo demás, será pura ganancia increíble.

—¿Verdad que sí? Pues voy a darle esa ganancia increíble, Iván, Vea, aquí tiene el microfilm que usted y sus compañeros querían a toda costa —lo sacó del maletín, mostrándolo entre dos deditos—. De modo que también la CIA cumple su parte en el canje, en el… pacto. Es todo para usted. Adiós, Iván.

Metió la pequeña cápsula en una oreja del ruso y saludó agitando los deditos, como dispuesta a marcharse. Iván Zekov la miraba absolutamente incrédulo.

—Todo trato tiene unos límites, Baby —murmuró—. Yo, en su

lugar, no jugaría tan limpio.

—Eso a mí no me importa. Yo no juego limpio por complacerle a usted, sino porque no tengo necesidad de jugar sucio. Hay que saber siempre hacer… distinciones entre unos espías y otros, unos métodos y otros. Usted no atacó a mis compañeros y todo lo demás que ha hecho ha sido normal en una persona en su situación. Eso es lo que yo tengo en cuenta… ¡Oh!, parece que nos llaman.

—Debe ser la CIA —murmuró Iván.

Brigitte estaba recogiendo la radio que había escapado de uno de los agentes del servicio secreto chino. La abrió, al tiempo que asentía con la cabeza, y preguntaba, ásperamente, en ruso:

—¿Qué ocurre ahora?

Hasta ella llegó nítidamente la voz de Europa.

—Respecto a la cita con Baby, ella ha aceptado. Estará en el mismo sitio y a la misma hora que el otro día.

—¿Eso piensa? —preguntó ahora con su voz normal y en inglés la divina espía.

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, la voz de Europa, tenue, como arrastrada, incrédula:

—¿Baby?

—Sí, soy yo, querido amigo.

—Pero…, ¿dónde está?

—Departiendo muy amistosamente con el amigo Iván. Todo ha terminado. Retírense.

—¿Cómo?

—Que se retiren. Llame por nuestra onda a los muchachos y dígales que el canje de microfilms ha terminado. Los rusos tienen el que querían y nosotros también. Que cada cual vuelva a su puesto habitual.

—¿Dónde está usted exactamente? ¿Qué ha pasado?

—No quiero discutir más con usted. Le he dicho que todo ha terminado. Tengo el microfilm y regresaré con él a Washington en cuanto me sea posible. Ustedes olvídenlo todo y vuelvan a sus asuntos. Han terminado con esto, ¿comprende?

—Bien… Sí, pero…

—No hay «peros», querido. Utilice la radio para dar esta orden: retirada general, vuelvan todos a sus puestos, el asunto ha terminado.

—Pero…, ¿y Jeff Conrad?

—Eso es cuenta mía. No voy a necesitarlos. Por eso quiero que cada cual vuelva a su puesto. Dentro de tres minutos, no quiero a un solo agente conectado en este asunto. ¿Está claro?

—Por si esto es una despedida —dijo acremente Europa—, le aseguro que no siento el menor pesar por decirle: ¡adiós! Para mí y mis hombres, que volverán todos a sus puestos, es como si usted no estuviese en Europa…, ni hubiese estado nunca. ¡Feliz viaje de regreso a Washington!

—Gracias mil, querido. Ciao.

Cerró la radio, se quedó mirando sonriendo al ruso, y acabó por sonreír. Encendió un cigarrillo, dio un par de chupadas, y lo puso en la boca del ruso.

—Me gustaría hacer algo más por usted, Iván pero tengo un asunto pendiente todavía. No creo que tarde mucho en soltarse. Entonces, con el microfilm, se las arreglará para volver a Moscú, supongo… ¿Le parece bien?

—Sí. Espero que me crean esto cuando lo cuente.

—¿Por qué no? En la MVD ya saben que de Baby se puede esperar cualquier cosa. Adiós.

—Adiós…

Brigitte apagó la luz, y la casa quedó completamente a oscuras. Por una ventana, mal cerrada, entró solamente un delgado rayo de luz de los canales.

—¿Qué hace? —susurró Iván.

Brigitte no le contestó. Se deslizó silenciosamente hacia el cuarto por cuya ventana había entrado procedente del canal. Se asomó cautamente por la ventana, pero no vio nada sospechoso. Todo parecía tan tranquilo como antes, en paz, en silencio… Guardó la pistolita en el maletín, volvió a proteger éste con la funda de plástico, se pasó el asa por una muñeca, y pasó una pierna por el alféizar de la ventana, luego, la otra; se descolgó, quedando pendiente por las dos manos…

El grito de advertencia resonó entonces.

Un grito agudo, un aviso, una amenaza a la vez. La espía se soltó del alféizar, y, justo entonces, mientras ella caía al agua, en alguna parte brillaba el fogonazo de un silencioso disparo. Casi enseguida, se oyeron más voces, y sonaron algunos disparos más, como

apagados taponazos de una botella de champán al descorcharla.

Por un lado del canal aparecieron dos hombres, pistola en mano. Por el extremo de aquel mismo lado, apareció otro hombre, gritando algo. Un poco más lejos, se oyó el rugir del motor de una lancha…

Capítulo XII

Cuando Brigitte volvió a la superficie, sabía ya que estaba rodeada. Pero, realmente, había contado con aquello, y sabía que ella sola podía escapar mejor que si tenía a su lado a varios Simones, por los cuales, a fin de cuentas, tendría que preocuparse. Así, sólo tenía que ocuparse de ella misma. Y nadaba tan bien, que ni siquiera al ver a tres hombres pistola en mano por el borde del canal sintió la menor inquietud.

Volvió a sumergirse, nadó con energía, y cuando de nuevo regresó a la superficie, estaba debajo del pequeño puentecillo… Uno de tantos pequeños puentecillos como hay en Venecia, hasta un número que se aproxima a los quinientos.

Otra vez oyó voces, pisadas, instrucciones gritadas en albanés, según dedujo. Pero no se movió. Permaneció inmóvil bajo el puentecillo, como una sombra más. La lancha apareció de pronto en el canal, lanzando su foco de luz hacia las aguas negras, oleosas. Había dos hombres en la lancha, pero uno de los de la calle saltó también a la embarcación, excitado. Brigitte lo vio señalando precisamente hacia donde estaba ella, y comprendió que iban a ir hacia allí. Sin inmutarse demasiado, esperó a que iniciasen aquel acercamiento, y entonces volvió a sumergirse… Pasó por debajo de la lancha, mientras ésta llegaba bajo el puentecillo. Cuando salió, pegada a la pared del canal, uno de los hombres de la lancha movía el faro, buscándola bajo el puentecillo. Desde luego, si querían encontrarla así, estaban listos. No podían verla de ninguna manera, y ella tenía la ventaja de que sí los veía, y podía moverse según conviniera.

Si era necesario, podía pasarse la noche así, esquivando la búsqueda de aquellos hombres. Y no sólo eso, sino que, por poco que le dieran la oportunidad, saldría de aquel canal, y se alejaría de ellos… Sí. Era mucho mejor estar sola, en una situación como

aquella. Si los Simones hubiesen estado allí, se habría entablado una batalla feroz. Para ella, el resultado habría sido el mismo: escapar. Y, en cambio, quizá algún Simón resultase herido…, o muerto.

Oyó más voces, y volvió la cabeza, empezando a sobresaltarse. Otra lancha apareció en escena, procedente del alejado extremo del canal. En ella llegaban tres hombres más. Comenzaron a darse instrucciones unos a otros, repartiéndose la búsqueda por aquel canal. Todavía quedaban dos hombres arriba, dispuestos a buscarla también por las calles…

Justo en aquel momento, la puerta de la casa se abrió, y en el umbral apareció la alta, maciza silueta de Iván Zekov, ya prácticamente corriendo.

Baby abrió la boca, dispuesta a gritarle su aviso, pero ni siquiera supo si habría llegado a hacerlo, porque en aquel instante, dos de los hombres de las lanchas vieron a Iván, y lo señalaron, gritando. El ruso echó a correr, pero varias pistolas dispararon a la vez contra él… Brigitte le vio detenerse, como si hubiera chocado contra una pared, llevándose las manos a la espalda, luego al pecho… Como en un extraño, trágico baile ritual. Sonaron más disparos, y el cuerpo de Iván Zekov, relajado, quieto, inerte de pronto, se precipitó a las aguas del canal, con fuerte chapoteo.

Los dos hombres de la acera echaron a correr hacia la casa, y entraron en ella. Los de las lanchas movían los faros, pasando y repasando la luz sobre las negras aguas, mientras, una vez más, la espía más audaz y peligrosa de todos los tiempos volvía a sumergirse. La luz de uno de los faros pasó por encima de ella.

Cuando volvió a subir, quedó pegada otra vez al muro, bastante más lejos. Se sujetó a una piedra, jadeando… Los dos hombres que habían entrado en la casa salían entonces, notificando a gritos lo que habían encontrado en el interior: sus compañeros muertos.

* * *

No cabía duda de que los albaneses al servicio del espionaje chino-comunista habían querido asegurarse muy bien de que la ratonera se llenaría de ratoncitos, y que habían rodeado la casa, dejando entrar quizá incluso a la propia Baby… Sí. Quizá la habían visto

entrar; luego, al verla salir, comprendieron que algo no había marchado bien dentro de la casa…

Se despegó de la pared, y comenzó a nadar alejándose hacia un extremo del canal, precisamente hacia donde había dejado la lancha de Marco Mendicoli. Si conseguía llegar allá, la «ratita» habría escapado definitivamente a las trampas de los agentes chinos.

Una de las lanchas, de pronto, comenzó a dirigirse hacia ella, como si la hubieran visto, aunque lo más probable era que sólo quisieran tapar la salida de aquel canal por aquella parte. La otra se deslizó hacia el otro extremo, mientras los dos hombres a pie firme recorrían los bordes, mirando hacia el agua, listas las pistolas para disparar.

La lancha llegó al extremo del canal, y allá se detuvo. Los hombres que la ocupaban volvieron a utilizar el faro, enviando la luz hacia atrás, convencidos de que la mujer no podía haber llegado aún al mismo sitio que ellos. Pero cuando la luz llegó allá, Brigitte estaba de nuevo bajo el agua, nadando precisamente hacia la lancha. Cuando salió a la superficie, estaba tocando el casco, y oyó perfectamente el excitado cambio de impresiones entre sus ocupantes, que lo que menos podían esperar era tener a la mujer a tan escasa distancia de ellos.

Habían apagado el motor, de modo que tanto los agentes chinos como ella pudieron oír perfectamente el de otra lancha, acercándose. Volvieron la luz hacia allá, y una lancha quedó centrada en el círculo de amarillenta luz, con un hombre a los mandos…

—Marco… —musitó la espía.

En una fracción de segundo, comprendió que los hombres de la lancha iban a disparar contra Marco Mendicoli. Y sin pensarlo dos veces, saltó un poco, se aferró con ambas manos a la borda de la lancha, y la movió, todo lo fuertemente que pudo, en un zarandeo que resultó tan efectivo como sorprendente: los tres hombres gritaron, y, manoteando, cayeron al agua, mientras la lancha, tras el último impulso de Brigitte volcaba del todo, y quedaba panza arriba, con la quilla al aire…

Aún no habían salido los hombres a la superficie, cuando la espía nadaba ya hacia la lancha en la cual llegaba Marco Mendicoli. Éste había dejado de dar gas, de modo que la lancha se deslizaba

por el impulso anterior, directa hacia el centro de la zona de peligro.

Brigitte se asió a la borda, dio un tirón, y apareció por encima de ella, chorreando.

—Da la vuelta —jadeó—. ¡Da la vuelta, Marco!

Mendicoli saltó hacia el remo, lo metió en el agua, y comenzó a mover la lancha…, mientras desde el otro extremo del canal, llegaba la otra lancha, atraídos sus ocupantes por los gritos de sus compañeros.

—¡De prisa, de prisa! —exigió Brigitte—. ¡Se nos van a echar encima!

Acabó de subir a la lancha, se puso a los mandos, y movió el volante, de modo que el timón ayudó a los esfuerzos de Mendicoli. La lancha estaba ya casi orientada en dirección a la salida del canal, y Baby volvió la cabeza. Vio a la otra, acercándose velozmente, lanzando su luz, que destacó a los tres hombres haciendo señas desde el agua…

—¡Deja eso ya! —gritó Brigitte—. ¡Nos vamos!

—¡Espera! —gritó Mendicoli—. ¡Vas a darte contra la pared!

—¡No importa! ¡Tírate en cubierta!

—¡No! ¡Voy a…!

Por detrás de ellos brillaron los cárdenos fogonazos de los silenciosos disparos. Mendicoli lanzó un alarido y saltó hacia delante, chocando con Brigitte, que apenas pudo resistir el impacto. Mientras tanto, la lancha, efectivamente, dio contra el muro, resbaló, y salió disparada hacia el extremo del canal.

—Marco —llamó Brigitte—. ¡Marco!

—Sigue… ¡Sigue, no te preocupes, estoy bien!

Brigitte lo vio, tendido en cubierta, pero no podía saber si en verdad estaba bien o no. Lo que sí vio fue a los dos de la otra lancha recogiendo a los que habían caído al agua, y salieron todos en pos de la de Mendicoli.

A una velocidad prácticamente de locura, salió de aquel canal, pasó a otro más estrecho, luego, a otro mucho más ancho, y finalmente, girando en ángulo recio, a Rio Ponte Lungo. Allí aumentó más aún la velocidad, lazándose hacia la salida a mar abierto, esto es, hacia la parte de La Laguna.

Cuando salieron a ésta, Mendicoli había conseguido ponerse en

pie, y se sujetaba crispadamente a la borda.

—¡Brigitte! —gritó—. ¡No quiero hacerte ningún mal!

—¡Lo sé! Si así fuera, no habrías venido a ayudarme, Marco. ¿Puedes hacerle cargo de los mandos?

—Sí… Quiero decirte…

—Luego… Luego, Marco. ¡Ven a gobernar la lancha!

Mendicoli llegó allí, a trompicones, y sujetó el volante. Brigitte miró hacia atrás, vio la otra lancha tras ellos, acortando rápidamente la distancia… Mendicoli giró hacia la izquierda, de modo que se dirigían hacia el Canal de San Marcos. Mientras tanto, Brigitte abrió su maletín, sacó el trípode, y procedió a montar con los tres tubos de aluminio su espectacular fusil capaz de lanzar cualquier cosa del variadísimo arsenal de la espía. Los tubos fueron roscados rápidamente, y, enseguida, Baby colocó una de las pequeñas granadas incendiarias en el extremo del fusil. Encajó el culatín, y se acomodó en popa, mirando ceñudamente hacia la otra lancha, que parecía cortar en una raya blanca de color luna las aguas de La Laguna…

* * *

En aquel mismo instante, el cielo, el mar, el mundo entero, pareció estallar en cientos, miles de luces de colores… Las estrellas dejaron de verse sobre aquella orgía lumínica artificial, y hasta la Luna pareció palidecer aún más, casi desapareció, teñida de todos los colores… Un alegre griterío llegó por delante de ellos, acompañando el surtidor gigante de luces, de estallidos, de flores de fuego…

—¡La fiesta del Salvador! —rió Mendicoli—. ¡Ahí tienes los fuegos artificiales, Brigitte!

Pero, por detrás, llegaban otros fuegos artificiales, mucho menos inofensivos. Las balas que disparaban desde la lancha perseguidora, pasaban muy cerca ya, y Brigitte no estaba para atender a más fuegos artificiales que aquellos. Acomodó el recién montado rifle en su hombro, apuntó serenamente, sin hacer caso de los chasquidos de las balas, disparó.

Una sola vez.

* * *

Se oyó el ligero resoplido del arma, la granada incendiaria salió…, y una fracción de segundo después, la lancha perseguidora saltaba por el aire, convertida en una antorcha gigante que se dispersó en todas direcciones. El grueso de ella, tras saltar, quedó sobre las negras aguas, reflejando en ellas su roja luz que la consumía rápidamente.

Pero era tan poca cosa… ¡Tan poca cosa, comparada con los maravillosos fuegos artificiales de La Laguna! Era como una diminuta brasa en una hoguera, sencillamente.

Brigitte dejó caer el rifle y se apresuró a colocarse junto a Mendicoli, llevando las manos al volante.

—Gira… ¡Gira! ¡Vamos a meternos de lleno debajo mismo de los fuegos, Marco!

Le pareció que él no quería obedecerla, y lo empujó, furiosa, excitada… Entonces, Marco Mendicoli perdió el equilibrio, y cayó sobre cubierta, en silencio, sin un gemido.

—¡Marco! —gritó Brigitte.

—No… no te alejes… Quiero… ver los fuegos…

La espía detuvo la lancha, que se deslizó unos metros sobre el agua, hasta detenerse. Para entonces, Baby estaba ya arrodillada junto a Mendicoli, y, al incorporarlo, apoyando una mano en su espalda, la notó húmeda, viscosa…

—Estás herido…

—Me han acertado dos veces… en la espalda…

—¡Te llevaré a un médico ahora mismo para…!

—No… No, Brigitte. Es inútil. Ya es inútil todo… Este es el final… de mi camino…

—Marco…

—Ha llegado el final… ¡Mira…! ¡Mira qué hermosas luces de colores! ¡Venecia en fiestas!

Brigitte miró hacia los fuegos artificiales, que cada vez eran más numerosos, más intensos. Un espectáculo increíble de luces, de estallidos. El mar parecía de color rojo, azul, amarillo, naranja… Miles, millones de chispas se reflejaban en las aguas.

—Marco, no seas niño… Suéltame. Te llevaré a un médico…

—Me noto morir …¿Para qué quiero un médico ahora? Sólo

prolongaría mi agonía… Brigitte, os oí, lo sé todo… ¡Lo sé todo! Y te aseguro que no soy un traidor… ¡Nunca fui un traidor! Cuando estuvieron aquí Bob Tracey y Thomas Delmar… en el café «Terraza dei Sole», yo fui también allí para… para ayudarlos… Tengo… tengo un fichero de muchos espías, un fichero privado y sabía que los albaneses que están al servicio de China, estaban preparando algo y comprendí… comprendí lo que era… Por eso estaba allí… Yo disparé ayudando a los de la CIA, desconcerté a los agentes de los chinos… y hasta herí a uno de ellos… Creo —rió quedamente— creo que gracias a ese desconcierto pudieron… escapar tus Simones…

—Algo dijeron ellos respecto a unos extraños disparos en una dirección insospechada, Marco. Lo sé bien. Si fuiste tú, te lo agradezco mucho. Mis muchachos…

—Lo sé, lo sé… Sé muchas cosas sobre la agente Baby, pero jamás pude acercarme a ti. Cuando supe que habías llegado a Venecia, comprendí que mi camino había llegado a su final, para mal o para bien. Sabía… que tú lo descubrirías todo…

—Pero no ha sido así, Marco. No sé nada. He solucionado el canje de los microfilms, he conseguido que salgan de Venecia dos de mis compañeros heridos, pero no sé la verdad sobre ti. Y esto era parte importantísima de mi trabajo en Venecia. ¿Por qué tenías un fichero con fotografías de agentes de todos los servicios? ¿Para quién estás trabajando, Marco?

—Para nadie. Es decir, para mí…, y para la CIA, Llevo casi quince años haciéndolo… Llegué a Venecia, conseguí una documentación a nombre de Marco Mendicoli y me dediqué a pintar para ganarme la vida…

—¿Y los dos millones y medio de dólares? —musitó Brigitte.

Mendicoli se echó a reír crispadamente.

—¡Dos millones y medio de dólares! —exclamó—. ¡Nunca los he tenido!

—Pero aquel dinero que desde Hong Kong…

—Espera… Espera, Brigitte. Quiero que sepas que desde que llegué a Venecia, además de pintar, me dediqué a husmear por todas partes… Tú sabes lo que es un profesional del espionaje: huele a otro espía desde Nueva York a San Francisco. ¿Comprendes? Poco a poco, fui consiguiendo un archivo de espías

de todos los países, pero siempre… siempre utilizaba mis conocimientos para ayudar a la CIA Aunque muchos de nuestros compañeros no lo sepan, yo les he salvado la vida. A muchos… En Roma, en Berna, en Milán, en Marsella, en… en muchos sitios. Me enteraba de cosas, iba allá y los ayudaba, en la sombra… He ayudado a muchos… ¡A muchos, sin que ellos lo supieran! Igual que a Bob Tracey y a Thomas Delmar… ¡Tienes que creerme!

—Te creo, Marco. Tenías un buen fichero, los vigilabas a todos, te metías en todas partes tú solo, colocabas micrófonos, te enterabas de planes, ayudabas a los de la CIA… Te creo, pero aún no me has explicado por qué desapareciste de la ruta que debía llevarte a China con dos millones y medio de dólares y con dos compañeros.

—¡Con dos compañeros! —rió crispadamente Mendicoli—. ¡Eran unos malditos traidores, Brigitte!

—¿Traidores? ¿Te estás refiriendo a Bill Bowles y Aldo Martin, los dos hombres que te asignaron para apoyarte en aquella misión?

—¡A ellos me estoy refiriendo! Se vendieron al servicio secreto chino… Cuando estábamos cerca de la costa de China, me lo dijeron: los chinos nos iban a dar ese dinero para nosotros, a cambio de que no llegase a quienes iba destinado y les dijéramos sus nombres. Yo me negué y ellos… dispararon contra mí, me tiraron fuera de la barcaza a balazos… No les importaba nada, salvo el dinero y la promesa de los chinos para buscarles un destino interesante… No vacilaron en vender a nuestros amigos, en disparar contra mí… Fui recogido por un pesquero, curado como una bestia, durante días y días de fiebre… Aún no sé cómo pude salir con vida…

—Debiste notificar eso a la CIA, Marco.

—¿Me habrían creído?

—¿Por qué no?

—No tenía pruebas, no tenía el dinero, no sabía dónde estaban Bowles y Martin… Podían pensar que todo era una argucia mía y que en realidad, después de matar a Bowles y a Martin, yo tenía el dinero escondido en alguna parte… ¡Podían pensar tantas cosas! Pero, sobre todo, me habrían retenido, me habrían hecho imposible regresar a China… Y yo quería volver a la costa china, en busca de los dos perros… Vas a burlarte de mí, pero no quería que se supiera que eran traidores. No por ellos mismos, sino por mí, por todos los

que luchamos lealmente en este maldito mundo del espionaje… No quería que nadie supiera que en la CIA había dos traidores asquerosos… Preferí que pensasen que los tres habíamos muerto. Por eso, más que por otra cosa, no me presenté jamás a la CIA.

—Entiendo… Y no me burlo de ti, Marco, pues tu gesto fue en verdad hermoso. Tantos años solo, escondiéndote, ayudando a tus amigos de la CIA sin que ellos mismos lo supieran… Todo muy hermoso, Marco.

—¿Lo dices… sinceramente? ¿Merece… tu aprobación?

—Creo que debiste presentarte y decir la verdad. Duele saber que hay traidores, pero hay que aceptarlo.

—Yo era más joven entonces, y había pasado tiempo desde que ellos me dispararon. Tenía unas ideas tan… sublimes sobre los espías… Luego, me dije que ya no valía la pena decir la verdad… ¿Para qué?

—Te has torturado sin necesidad… ¿Encontraste a Bowles y a Martin?

—¡Oh!, sí… Los encontré… ¡Vaya si los encontré, una noche, en un pequeño puerto chino! ¡Y les saqué las entrañas a cuchilladas! Luego, me alejé de Asia, despacio, hecho un miserable, pasando fatigas de todas clases… Y llegué a Venecia…, donde me quedaré para siempre.

—Si vamos a un médico…

—No insistas más… Te lo agradezco, pero siento… siento ya un frío… hondo, intenso, que parece… filtrarse en todos los huesos de mi cuerpo… Te lo suplico: déjame aquí, contemplando los fuegos artificiales que iluminan mi Venecia… Aquí, en cierto modo, he sido feliz… En Venecia… en Venecia se vive… dulcemente, es cierto… Y estos dos días contigo, han sido… han sido el colmo de la dulzura…

—Marco, ya no hables más…

—Había oído hablar tanto de la agente Baby… Cuando oí tu voz, en aquel canal, donde… donde estaba vigilando a los albaneses, me di cuenta enseguida de que eras tú, pues la había oído antes, por el… el receptor… Pensé… en anularte, pero luego, tú… tú fuiste la gota de miel que colmó… mi soledad y comprendí que a veces, a los de la CIA, les había… oído decir, gracias… a mis micrófonos, que… que por la agente Baby ellos eran capaces de… de todo… y debo

pedirte perdón… por haberte golpeado en mi piso, pero no… no quería que tú… intervinieras en la fase final, porque temía… que… que pudieran… lastimarte… Por eso te quise atar, para impedirte… que… cayeras… en una trampa…

Brigitte Montfort, alias Baby, tragó saliva, lentamente, con no poca dificultad.

—Te lo agradezco, Marco… ¿O prefieres que te llame Jeff?

—No… Marco está bien… Marco, como San Marcos… Marco, como Marco Polo… Marco Mendicoli, el pobre artista que tocaba mal el violín y hacía malos cuadros… ¡Mira! ¡Mira qué belleza la de esta noche, Brigitte! Contempla esos fuegos, las luces de las góndolas, de las lanchas, de los vaporetti… ¡Todas las embarcaciones de Venecia están ahora en La Laguna, todos los ojos están elevados hacia el cielo lleno de luces hermosas como estrellas…!

—Marco, estamos perdiendo tiempo aquí, por bello que sea el espectáculo. Voy a llevarte a un médico, quieras o no. Iremos…

—¡No! Te lo ruego, no insistas más… Sé que voy a morir y nadie podrá evitarlo… Vas a hacerme un último favor, Brigitte: cuando haya muerto, dentro de poco, me llevarás a mar abierto y me… me tirarás en un lugar profundo, delante de Lido… Atame algo muy pesado a los pies, para que jamás… vuelva a la superficie… Venecia se hundirá algún día…, y yo… la estaré… esperando, porque se… se vive… dulcemente en… Venecia… ¡Qué frío siento!

Brigitte acabó de sentarse en la cubierta, abrazando a Marco Mendicoli, cuyos ojos brillaban febrilmente, fijos en los fuegos artificiales. Él se dio cuenta de que lo miraba, desvió un instante los ojos y le sonrió. Luego, volvió la mirada hacia los fuegos y hacia Venecia…

Cuando los fuegos artificiales terminaron, Baby cerró los ojos ya cristalizados de Marco Mendicoli.

Este es el final

Cuando la voz de la espía dejó de oírse en el despacho de míster Cavanagh, éste adelantó una mano y paró el magnetófono donde la cinta había estado girando, exponiendo el informe completísimo de todo lo ocurrido desde que Brigitte Montfort saliera de Washington para cumplir una de sus misiones, hasta el momento en que terminaron los fuegos artificiales de la Fiesta del Salvador, en Venecia.

Míster Cavanagh miró de soslayo a Brigitte, que estaba en un sillón, fumando, en silencio.

—¿Lo tiró al mar, como él le pidió? —susurró el jefe de todos los agentes de acción de la CIA.

—Desde luego —susurró Baby—. Venecia es una ciudad destinada a desaparecer bajo el mar. No sé cuánto tiempo tardará eso: cien, doscientos, mil años… No sé. Pero cuando suceda, Marco Mendicoli la estará esperando.

—Bien… Respecto al microfilm que los rusos le entregaron y que usted ha traído…, le diré que ya está todo en marcha.

—¿Han enviado una copia del que teníamos nosotros a los rusos, de parte de Iván Zekov?

—Sí —se removió inquieto Cavanagh—. Los rusos van a sorprenderse mucho. A fin de cuentas, usted no tuvo la culpa de que mataran a los que enviaron a Venecia.

—Desde luego que no, pero los que murieron jugaron limpio conmigo, con mis compañeros, con la CIA Quiero decir…

—Ya he comprendido hace tiempo su código de honor —sonrió Cavanagh—. Y desde luego no podría negarme a una de sus… peticiones. El microfilm llegará pronto a Moscú, como una… misión postrera de sus colegas rusos que cayeron en Venecia. El servicio secreto chino va a verse privado de un buen número de agentes importantes en los dos países.

—Así lo espero. ¿Puedo volver a casa, señor?

—Por supuesto —murmuró Cavanagh—. Pero no debe estar triste, Brigitte.

—Fui a Venecia para ayudar a dos Simones y lo conseguí… Pero, de un modo u otro, me mataron un Simón.

—¿Sí? —Se sobresaltó Cavanagh—. ¿Cuál?

—Mario Mendicoli.

—¡Oh!, bueno… Usted sabe…

—Para mí, él era un Simón. Todo lo que hizo, su manera de pensar, su manera de obrar… Me han matado a otro, señor.

Cavanagh se pasó la lengua por los labios. Luego, tragó saliva, y asintió con la cabeza, desviando su mirada de aquellos grandiosos ojos azules, en los que brillaban dos enormes lágrimas, transparentes como el más puro cristal… de Venecia.

—Lo lamento —dijo roncamente—. Y empiezo a pensar que necesita usted unas largas, larguísimas vacaciones, Brigitte. Su vigor físico es extraordinario, pero empieza ya a sentir… demasiado el peso de su corazón.

—Quizá lo haga —murmuró la divina espía—. Quizá. Pero… ¿qué será de mis chicos si yo me dedico a descansar?

—Saldrán adelante —gruñó Cavanagh—, aunque no todos tengan la suerte de morir tan dulcemente como Marco Mendicoli.

—¿Dulcemente?

—Murió en sus brazos, ¿no es así? Y esa es una muerte dulce para un Simón.

—Pero más dulce es la vida, creo yo… Sí… En Venecia se vive dulcemente…, pero, al parecer, también se muere…, aunque sea dulcemente. En Venecia se muere dulcemente…, pero se muere.

—Como en todas partes.

—Si, es verdad. Pero Marco Mendicoli o Jeff Conrad, como quiera llamarlo, amaba extraordinariamente Venecia. Quizá por ello no le asustó la muerte, por ser en su Venecia… murió dulcemente.

Se quedaron mirándose. De pronto. Brigitte se puso en pie, recogió su maletín rojo con florecillas azules y se encaminó hacia la puerta…

—¿Se tomará esas largas vacaciones? —Oyó a Cavanagh.

Se volvió, lo miró atentamente y movió la cabeza en un gesto ambiguo.

—Lo pensaré —sonrió de pronto, y los más bellos y grandiosos ojos del mundo parecieron llenarse de luz—. Lo pensaré, Simón.

FIN

Notas

[1] Véase *Operación estrellas*, de esta misma serie. < <